

EL PASAJERO

ROY ROWAN

EL PASAJERO

ROY ROWAN

EL PASAJERO

E d i c i o n e s T O R A Y

Arnaldo de Oms, 51-53 — Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA — **BUENOS AIRES**

Depósito Legal: B. 34.124 – 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Gary Lattimer observó inexpresivamente las formas de la diva rubia que caminaba con indolencia y gran movimiento de caderas hacia el borde de la piscina.

Era muy hermosa. Por algo había ganado el primer premio de un concurso de belleza en Miami. Sin embargo, Gary no sentía hacia ella más que una ligera amistad, lo mismo que hacía los demás invitados que tenía en su casa, y en su isla.

Por dentro, y a los veinticinco años, se sentía terriblemente aburrido. En más de una ocasión había echado la culpa a su padre, por haberle dejado tal cantidad de dinero que ni dilapidándolo podría gastarlo antes de llegar a anciano.

Se volvió, cruzó la alcoba y bajó por la ancha escalinata de mármol blanco.

Abajo estaba Martin, su mayordomo particular. Martin era un tipo estupendo que ganaba tanto dinero como un médico de Nueva York y por ello se esmeraba en su trabajo.

Martin le vio bajar y sonrió afable y respetuoso.

—Buenos días, señor Gary.

—Hola, Martin — repuso el hombre con desgana.

—Hace un sol estupendo. La señorita Mary ha decidido, aprovecharlo para darse un baño antes del desayuno.

—Sí, ya la he visto.

Martin cruzó los ojos y su sonrisa se hizo algo picaresca.

—Señor, usted y...

Gary comprendió al instante. Unos años antes hubiera respondido con otra sonrisa similar, pero se mantuvo en estado grave, muy serio.

—¿Te gustaría que me casara, Martin? Los niños te darían más trabajo y tendría que emplear a más personas.

—Pero es su felicidad lo que importa, señor.

—¿Mi felicidad? — comentó Gary, pensando en voz alta.

Martin calló creyendo que lo había importunado y, rápidamente, adujo solícito.

—Los periódicos están en su despacho, señor. ¿Se le ofrece alguna cosa más?

—No, Martin. Sólo que vayas preparando los equipajes de los invitados. Hoy es el último día de su estancia en la isla.

—Sí, señor.

Martin dio media vuelta y se alejó.

Gary apretó los labios. Ahora se quedaría solo, con Martin por toda compañía. Claro que podía llamar a Miami y en media hora podría disponer de su avión particular para dirigirse al lugar donde quisiera.

Pero todo esto lo había hecho en infinidad de ocasiones. Había recorrido el mundo entero viajando sin la menor privación.

Podía invitar a la rubia del dos-piezas amarillo para que «alargara» sus vacaciones en la isla y estaba seguro de que ella no se negaría. Sin embargo, no pensaba hacerlo porque la diva sólo sabía hablar de cosas insulsas, sin la menor importancia.

Se asomó al jardín.

La rubia se lanzaba en aquel instante al agua, zambulléndose de cabeza y en un alarde de elasticidad.

Arriba, se oían los ruidos de algunos de los invitados que empezaban a levantarse.

Gary Lattimer, que podía empapelar el palacio de Versalles con billetes de mil dólares, se sintió más aburrido que nunca. Pronto bajarían los extraños y empezarían a hablarle de lo maravilloso que era todo, del dinero que le habría costado aquella isla del Caribe sin que pudieran evitar que la envidia aflorara en sus ojos.

Aquello no era amistad, como tampoco era amor que las rubia del dos-piezas se quedara con él por su dinero.

No, no era feliz.

Por eso estaba preocupado. Admiraba a las personas que trabajaban como esclavos y luego, en las pocas horas de descanso, eran capaces de reír y divertirse.

¿Acaso él había nacido con la marca de la desgracia?

No era supersticioso, ni tonto.

Lo único que buscaba era algo nuevo, algo que le hiciera sentirse

preocupado y admirado. Algo que el dinero no fuera absolutamente capaz de comprar ni pervertir.

Esto era lo que quería Gary Lattimer y lo que deseaba fervorosamente aquella mañana soleada de abril de mil novecientos setenta y dos.

La rubia había salido de la piscina.

La miró de soslayo y se volvió para regresar al piso superior.

—¡Gary, buenos días!

La exclamación provino de un hombre joven, rubio y lleno de pecas, que le sonreía desde la escalera. Mediría casi los dos metros y tenía unas espaldas anchísimas.

Era campeón de boxeo, un tipo cuya pegada era capaz de hacer añicos la quijada de un hombre corriente.

Era su amigo.

¡Tenía de todo!

—Hola, Matt.

—¿No te bañas?

—No me apetece. Hazlo tú; luego nos veremos en la terraza.

—¿Te ocurre algo, Gary?

Gary levantó la cabeza y le miró a los ojos.

Sí, claro que le pasaba algo. Pero no pensaba decírselo a él ni a nadie, porque, con todas sus razones, le llamarían maniático o niño estúpido, cuando no era ninguna de esas dos cosas.

Además, consideraba el mundo como una gran mentira y a las personas como hormigas que se movían maquinalmente sin saber para qué ni por qué; llevados por una imperiosa fuerza de inercia.

Él no quería.

—No, Matt, me encuentro bien.

—Si no es verdad puedo avisar a John. Recuerda que él es médico, y de los buenos.

—Gracias, Matt.

—De nada, hombre.

Matt siguió bajando y al llegar a su altura le soltó un manotazo en la espalda.

Tuvo la sensación de que su espina dorsal iba a partirse en dos pedazos a causa del golpe y tuvo que hacer un esfuerzo para que sus labios no formaran una mueca de dolor.

—¡Hasta luego, Gary! Tu casa es una verdadera maravilla.

Y Matt se alejó trotando como un buey joven. Ahora trataría de hacerle la corte a la joven rubia del bikini y ella le daría evasivas esperando que fuera él el enamorado.

Lo sabía de memoria.

Siempre había sido así.

¿Qué hacer?

Llegaba al piso superior cuando John, el doctor, apareció acompañado de su esposa, una mujer tan insulsa y pedante, que al oírla hablar uno sentía deseos de dormir.

Le saludaron con la misma efusividad que el boxeador.

—¿No te bañas?

La pregunta bailó en su mente. Tendría que acabar bajando a la piscina para que se calmaran y dejaran de hacerle la misma pregunta.

—No.

—¿Te encuentras mal, Gary?

De pronto, John se había inclinado ligeramente para mirarle a los ojos con un interés desmesurado, como si fuera una madre que cuidaba de un hijo enfermizo y desgraciado.

—Sí.

—Pues...

Gary no se asustó, pero tampoco debía olvidar que John era médico y si él se alarmaba...

—¿Por qué lo dices, John?

—Pareces más pálido de lo normal.

—¡Qué susto! — exclamó la esposa del galeno, fingiendo que una posible enfermedad le dolía profundamente.

—Calla — repuso el marido, acercándose a Gary y levantándole los párpados inferiores con extremo cuidado.

Gary no se movió. Empezaba a pensar que una recela de John le costaría dos mil dólares y aunque esto no le importaba en absoluto, sí lo hacía el interés descarnado de quien se decía su amigo.

Por fin, John enderezó el espinazo y, tras mover la cabeza en sentido ambiguo, dijo:

—Humm... Creo que deberías pasarte por mi consultorio para una revisión completa, Gary.

—¿De verdad?

—Sí.

Gary se apartó.

Un viaje a Miami, dos días de estancia en la ciudad y unas cuantas horas para que John le revisara como si fuera un automóvil a punto de emprender una carrera de obstáculos.

No, también lo había hecho otras veces para que al final John le recetara unas «pastillas especiales», sacadas de no sabía qué lugar, pero que valían una fortuna.

Si necesitaba dinero que se lo pidiera abiertamente, pero que no se lo robara confundiéndole con un idiota.

—Ya iré a verte.

—¿Cuándo, Gary?

—La semana próxima, tal vez.

—Deberías venir antes.

—Sí, te avisaré. Ahora he de arreglar unas cosas.

—Te esperamos abajo, Gary.

—No desayunaremos hasta que baje — dijo la mujer, con una sonrisa fingida.

—Es igual, podáis empezar porque es posible que me retrase.

—Como quieras, Gary.

La pareja desfiló hacia la escalinata y Gary andó por el pasillo notando que los pies le pesaban una barbaridad.

Se sentía cansado, aburrido.

¿Era posible?

Sí, aunque no fuera normal.

Cruzó todo el piso superior y llegó a otra escalera, por la que bajó. Así no le verían sus invitados. La verdad es que no sabía adonde ir ni qué hacer, pero quería estar solo.

De nuevo en la planta baja se introdujo en su despacho y se sentó como si llevara una gran losa de mármol en la espalda.

Frente a él vio los principales rotativos en lengua inglesa, francesa y alemana.

Los ojeó por encima.

El mundo estaba lleno de problemas. En las páginas interiores de uno de los periódicos de París un colaborador muy optimista decía que en cien años el mundo habría cambiado completamente, que el hombre viajaría por todos los planetas del espacio y que se conocerían nuevos y más interesantes mundos.

Los trabajadores harían una semana de veinte horas, todos tendrían vehículo propio, e incluso avión particular.

¿Sería verdad?

No supo qué pensar. Uno de los rotativos de Londres llevaba una crónica de ciertos estadistas los cuales afirmaban que en un futuro próximo la Humanidad sufriría mucha más hambre, que el hombre moderno estaría depauperado y muerto moralmente.

Podían ponerse de acuerdo.

Alguien debía tener la suficiente lucidez como para poder imaginar, con rasgos de similitud, lo que sería el planeta pasado un siglo. Pero no, eran dos hipótesis completamente distintas, de forma que los partidarios de cada uno quedaran contentos y siguieran aferrado a sus propios pensamientos.

Oyó las voces roncas y potentes de Matt, que hablaba de una apuesta con la rubia llamada Mary.

Debajo de los periódicos había un montón de revistas.

Tomó una de ellas y la abrió por las páginas del centro, ojeándola sin la menor curiosidad.

Pensó que hallaría modas extravagantes o consejos para las cansadas amas de casa y se encontró con un artículo de ciertos científicos famosos por sus experimentos.

Por primera vez en muchos días, Gary Lattimer sintió verdadero interés por algo y concentró su atención olvidándose de la envidia de sus «amigos» y las cosas que le cansaban.

Su subconsciente estaba impresionado, atraído con una fuerza insospechada y casi milagrosa.

Por un instante, su mente creyó que la solución de todos sus problemas estaba en aquel artículo que rayaba en la locura.

¿Locura?

¿Acaso el mundo no hacía cosas que eran una verdadera demencia, sin la menor lógica o sentido común?

Se embebió en la lectura de aquellas líneas fantásticas que el destino había puesto en sus manos. Se olvidó de todo cuanto le rodeaba, incluyendo ruidos.

Se alejó de la realidad.

* * *

La rubia parpadeó con orgullo, sintiéndose rabiosamente bella, y luego miró hacia su espalda al tiempo que soltaba un largo suspiro. No se le había ocurrido taparse algo más desde que salió de la piscina y las miradas que le dirigían el boxeador y el médico eran más que expresivas.

Debía de ser por este motivo que la esposa del galeno apretaba los dientes y hacía grandes esfuerzos por encubrir su enojo.

Ya habían desayunado.

El silencio era prácticamente absoluto en la pequeña isla propiedad de Lattimer.

—Gary ya debería estar con nosotros — dijo la mujer.

Y sus palabras fueron mágicas.

Los dos hombres, al recordar a Gary, se olvidaron de la despampanante rubia y se giraron.

—Cierto — convino Matt.

—Sí, hoy está un poco raro — habló John.

—Pues tú eres el mejor médico de los Estados Unidos. Ya deberías saber lo que le sucede a nuestro amigo Gary — dijo su mujer en falso tono de reproche.

La rubia la miró mal y exclamó:

—Estará solucionando sus problemas de negocios. Si se encontrara mal ya me lo habría dicho.

El rostro de la otra mujer se contrarió.

—¿A usted? — preguntó en un tono inequívoco.

—Claro, ¿a quién si no? Gary y yo somos grandes amigos desde que nos conocimos en...

—¡Entre usted y Gary no hay nada! — arguyó la otra, ofendida por lo que oía.

—Bueno — intervino su marido —, no creo que os debáis enfadar por algo que no tiene importancia.

—¿Que Gary no tiene importancia? — exclamó la rubia, poniéndose en pie y echando el busto hacia delante como debía de haber hecho para convencer a los ancianos del jurado de Miami.

—Pues...

—Amigos, perdonad que os interrumpa.

Era Gary Lattimer que aparecía raudo en al terraza y sonriente como muy pocas veces lo había estado.

Los cuatro invitados se pusieron en pie a la vez y le miraron

sorprendidos.

—Mirad, de repente se me ha presentado un asunto importante que he de resolver en Europa. Lamento mucho lo que he de deciros, pero os agradecería que salierais un poco antes de lo previsto.

John y su esposa cambiaron una mirada.

—¿No te habrás buscado otro médico, Gary?

—No, John, ni pensarlo. El mes que viene os lo explicaré todo punto por punto; sólo que ahora...

Era una despedida.

Y ninguno pensaba enfadarse, porque los deseos de Gary eran órdenes que había que cumplir sin la menor dilación.

La rubia suspiró estando a punto de reventar la tela de la pieza superior del bikini. Matt apretó los puños en señal de contrariedad y el matrimonio se abrazó como si sobre ellos se hubiera abatido el castigo de un dios mitológico y despiadado.

Gary Lattimer sonreía sinceramente.

CAPÍTULO II

Martin vio subir a los invitados y frunció el ceño, preocupado por lo que pudiera haber sucedido.

Entonces apareció Gary por la puerta del jardín y le puso una mano en el hombro amigablemente.

—Martin, quiero que hagas unas cuantas cosas.

—Usted dirá, señor.

—En primer lugar he dejado sobre la mesa de mi despacho un mensaje que quiero que comuniques a mis oficinas de Miami para que le den curso urgente a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles, señor?

—Sí, es un telegrama.

Martin asintió con la cabeza.

—¿Y los invitados?

—No te preocupes por ellos. Se marchan ahora mismo en la motora.

—Pero...

—Sin impedimentos, Martin.

—Sí, señor.

—Luego, llamas a mis abogados.

Martin abrió la boca.

Lo primero que pensó que se había declarado una guerra mundial y que Gary tomaba medidas preventivas para respaldar sus millones. Pero no, no podía ser.

—Vamos, ¿a qué esperas?

—Sí..., sí, señor.

Martin echó a correr hacia las escaleras y Gary lo hizo en dirección a la biblioteca.

¡Había sellado su propio destino con una decisión tan firme como insospechada!

¡Iba a redactar su propio testamento!

En el piso superior, Martin entró eh el despacho, se acercó a la mesa y al instante reconoció los caracteres caligráficos de Gary. Tomó el papel y, llevado por una concentrada curiosidad, lo leyó.

«A los señores Profesores Sidey, Jackson y Sullivan,

Centro Experimental A.I.R.

Los Ángeles, California

Muy interesado en los progresos logrados por ustedes últimamente, les ruego muy encarecido se pasen por mi domicilio a la mayor brevedad. En fecha de hoy llegará mi avión particular a recogerles, así como uno de mis representantes que les hará efectiva la suma de cien mil dólares para los primeros gastos.»

Gary Lattimer

¿Qué demonios le sucedía a su patrón?

Martin no tenía la menor idea de las actividades profesionales de los hombres a quienes iba dirigido el mensaje, pero intuyó inmediatamente que Gary se proponía algo muy extraño. Además, muy limpiamente, había despedido a sus invitados.

Y cien mil dólares, «para los primeros gastos», no era cualquier cosa, ni tampoco una propina.

Mucho interés debía tener Gary en aquellos hombres para darles la noticia con semejante cantidad de dinero.

Más preocupado que antes el bueno de Martin salió del despacho y fue a la habitación de al lado donde estaba instalada la emisora que se comunicaba directamente con las oficinas centrales de Miami.

Puso en marcha el artefacto y radió el mensaje.

Había un segundo para su secretario general en el que se le ordenaba tomara el avión de Lattimer y emprendiera vuelo a Los Ángeles, donde se entrevistaría con los tres doctores para luego llevarlos en el mismo avión hasta la isla.

¡Un rompecabezas!

Pero Martin cumplió al pie de la letra las órdenes recibidas, tras lo cual bajó a la planta y vio que allí se habían reunido los invitados, chasqueados e indecisos.

Martin prosiguió hasta la biblioteca y llamó con los nudillos sordamente.

—¿Quién es?

—Martin, señor.

—Pasa.

Obedeció y vio a Gary de espaldas, escribiendo a mano muy

afanado.

—Los invitados están preparados para marcharse, señor. Creo que le esperan.

—Ah, sí. Ahora mismo voy.

Martin salió.

Había un algo desconocido en todo aquello que no le gustaba en absoluto. Tuvo la sensación de que iba a ocurrir una desgracia.

* * *

El «jet» dio un círculo completo sobre la isla hasta que enfiló la ancha pista de aterrizaje. Entonces, empezó a perder mucho más velocidad y altura enfilando con su proa la faja asfaltada.

Los motores se dejaron oír poderosamente y por fin el tren de aterrizaje se posó en el suelo y rodó rápidamente.

Al final de la pista había dos hombres en pie. Uno de ellos, Gary Lattimer, vestía un traje oscuro y era bastante alto, rubio, que no se movió un solo milímetro.

El avión, mucho más lento, terminó por detenerse delante de los dos hombres.

Gary centró la mirada en la portezuela.

Ésta se abrió y la escalerilla automática fue lanzada desde el fuselaje del aparato por el mecánico de a bordo.

Después, apareció un hombre canoso y ventrudo que usaba gruesos lentes de aumento. Lo primero que hizo fue mirar en derredor, hacia los picachos volcánicos de la isla, y luego hacia Gary, pero con mucha más atención.

El hombre empezó a bajar, mientras a su espalda surgía un segundo pasajero y un tercero.

¡Los tres hombres que habrían de proporcionarle a Gary Lattimer nuevas ansias de vida!

Les tres pertenecían al clásico grupo de hombres intelectuales, serios y ensimismados en profundos pensamientos que sólo ellos podían descifrar y entender.

Lattimer, algo emocionado, avanzó al encuentro de los tres científicos y alargó la diestra, saludándoles con interés.

Le miraron profundamente, intrigados. Habían venido porque la paga era sumamente elevada y con ello podrían seguir

experimentando con nuevas ideas.

El llamado Sidey parecía ser el que llevaba la voz cantante del grupo. Gary, acostumbrado a tratar con hombres de negocios, se dio cuenta inmediatamente y a él se dirigió al decir:

—Creo que estarán algo sorprendidos.

—Desde luego, señor Lattimer. Al principio pensamos denegar su oferta, pero luego decidimos aceptarla, ya que el medio de locomoción puesto a nuestro alcance es muy rápido.

»Sólo esperamos que nos comunique pronto lo que desea de nosotros y si estamos interesados…

Gary no le dejó seguir. Mientras le indicaba con la mano derecha el camino de la casa añadió:

—Lo estarán.

—Siendo legal…

—Lo es, señores. Pero hablaremos más cómodamente en la casa, porque lo que he de decirles es muy importante para mí y también para ustedes, pueden estar seguros.

Los científicos se miraron y callaron.

Luego, en silencio, andaron todos hacia la casa mientras Martin conversaba con los pilotos del «jet».

Se fueron aproximando a la lujosa vivienda, toda rodeada de cristales y un maravilloso jardín. Gary les hizo entrar en el salón y después en la biblioteca, donde ya había preparadas varias botellas y unos vasos como muestra de cortesía.

—Siéntense, por favor.

Obedecieron, siempre en silencio.

Gary escanció licor en cuatro vasos, acompañado de unos trozos de hielo cuadriculados y después se colocó entre ellos, de pie y mirándolos fijamente para no perderse un solo detalle.

Despegó los labios lentamente. Quería pensar bien sus palabras para que lo que iba a decir quedara bien claro desde un principio.

—Señores, quiero que trabajen para mí.

Sidey parpadeó.

—¿En qué, señor Lattimer?

—En lo que ustedes practican en estos momentos. Sí, ya sé que va a parecerles una locura.

Los tres volvieron a mirarse. No entendían una sola palabra, aunque sabían de la inmensa fortuna de Lattimer.

—Deseo dejar de vivir…, durante un tiempo.

Sidey se apretó las manos.

—¿Significa que quiere ser el primer hombre que pase por la experiencia de nuestro proyecto?

—Exacto. Ustedes no lo comprenderán muy bien, pero yo he tenido de todo lo que puede hacer feliz a una persona normal y no he logrado sentir interés por la vida.

»Y como no soy pesimista pienso que en el futuro el mundo cambiará, habrá descubrimientos sorprendentes que ahora ni siquiera podemos imaginar porque sobrepasa a nuestra mentalidad del siglo XX.

»Por ello quiero que practiquen sobre mi persona el proceso de hibernación que ustedes han logrado perfeccionar sobre los animales.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente, señor Sidey. Y no deben tener ningún recelo; en estos momentos mis abogados están preparando todos los documentos para que conste que yo así lo deseo libremente y que ustedes no correrán ninguna responsabilidad en absoluto.

—Pero…

—Sí — atajó Gary—, creo conocer la mayoría de los inconvenientes que van a ponerme y los he meditado.

»Para empezar, he dispuesto que ustedes usen esta isla a su libre voluntad. Yo quedaré aquí, apartado del mundo, y ustedes recibirán anualmente la cantidad de dinero que consideren necesario para continuar sus trabajos,

»Asimismo, podrán hacer otros trabajos si lo de sean.

Sidey, al igual que sus compañeros, estaba pálido. A veces pretendía mover los labios para decir algo y al instante se arrepentía. Además, Gary parecía haber pensado en todos los inconvenientes, como él mismo había dicho.

Ellos habían soñado con algo similar. Sólo que ahora se les presentaba y veían problemas.

—¿Alguna duda? — inquirió Gary.

Sidey suspiró y, bastante trémulo por la emoción, se puso en pie.

—Señor Lattimer.

—Diga, Sidey.

—¿Ha pensado en…, en…? Bueno, el tiempo que usted desea

permanecer bajo los efectos de la hibernación.

—Sí. Cincuenta años.

¡Cincuenta años como muerto a una temperatura bajísima, capaz de mantener los órganos intactos!

¿Y la voluntad propia?

¿Y el miedo?

Una cosa así sólo podía desearla un maniático o un demente.

Pero, al parecer, Gary no tenía ninguna de estas dos cosas. En todo caso, cierto capricho de ser el primer humano que atravesara la barrera del tiempo con un método físico puro.

—¿Está seguro? — preguntó Sidey.

—Completamente. Firmaremos un contrato. Creo que dos millones de dólares para empezar será suficiente.

Las pupilas de Sullivan se agrandaron como platos.

—Desde luego — repuso Sidey.

—Bien, luego tendrán una asignación de cien mil dólares mensuales para mantenimiento de la instalación.

»De la isla se cuidará mi mayordomo Martin, que goza de toda mi confianza.

—Sí, señor.

—Aparte de todo esto, estarán mis consejeros financieros. En el caso de que ustedes fallecieran, ustedes y ellos se encargarían de nombrar sucesores adecuados.

—Y...

—Siga, Sidey.

—Bueno, podía haber imprevistos. No sé cómo explicarme.

—Sí, ya lo entiendo.

»En el caso de una fuerza mayor en la que peligrara mi vida deberían volverme a mi estado normal.

Sidey asintió con la cabeza.

—Me ha entendido.

—Sí, desde que los llamé he estado pensando en todo lo que podía suceder.

—En ese caso...

—¿Aceptan ustedes?

La pregunta fue directa. Gary parecía tener mucha prisa en que el experimento se llevara a cabo.

Estaba verdaderamente ilusionado en aquella aventura que entrañaba peligros mortales.

Sidey miró a sus dos compañeros, esperando que éstos respondieran con sus decisiones.

Jackson y Sullivan asintieron con la cabeza. De esta forma podrían demostrar al mundo que su invento era una realidad. Serían famosos, los científicos más famosos de la Tierra.

—Falta usted, Sidey — habló Gary, con el deseo de ganar tiempo.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo creen necesitar para tenerlo todo a punto?

—Un mes.

Lattimer puso expresión de contrariado.

—¿Tanto?

—Sí, hemos de traer todos nuestros instrumentos, revisar la isla y preparar maquinaria autónoma, de forma que no nos veamos en la posibilidad de necesitar algo con urgencia del continente.

—Es verdad.

—De todas formas, puede ser que esté antes. Pero supongo que usted revisará nuestro trabajo y estará al corriente.

—Desde luego.

No, Gary podía ser un caprichoso, pero no era tonto.

—Otra cosa, señores, quiero que todo permanezca callado. La Prensa no debe saber nada, por lo menos hasta pasados los primeros años y todo vaya bien.

Esto no gustó mucho a los hombres de ciencia.

Sin embargo, no era probable que en otra parte del mundo se intentara con personas humanas, por lo que la gloria del éxito, si llegaba a haberlo, sería de ellos completamente.

El único inconveniente consistía en que deberían esperar.

—Bien, señor Lattimer.

—De acuerdo. Nuestros pactos constarán en el contrato que antes de veinticuatro horas tendré en mi poder.

»Ahora, pueden descansar si lo desean.

—No, no hará falta. Debemos regresar a Los Ángeles para embalar el material.

—Pidan todo cuanto deseen sin privaciones de ninguna clase. El

material debe ser de la mejor calidad.

—Sí, señor.

Los tres científicos se izaron, dispuestos a emprender su meticulosa labor. Aún estaban anonadados, sorprendidos.

Gary los acompañó hasta el avión, donde los despidió.

Luego, mientras el «jet» rodaba por la pista hacia el mar, Sidey se giró hacia sus compañeros.

—¿Qué os ha parecido?

—Estupendo, Sidey — repuso Sullivan.

—Estos millonarios ya no saben qué hacer, pero la experiencia será muy interesante. Y, además, no tendremos problemas de dinero para seguir con nuestros proyectos.

Los ojos de los tres brillaban de emoción.

Jackson, que no había hablado, despegó los labios y dijo:

—¿No habéis pensado que hace falta mucho valor y sangre fría para desear una cosa semejante?

—Claro — repuso Sidey.

—Entonces, no nos hagamos ilusiones. Yo creo que a última hora se volverá atrás.

Sullivan vaciló.

—Es posible — dijo.

—Y tan posible. Yo creo que cuando se vea dentro de la «campana», a punto de quedar completamente aislado para cincuenta años, lo pensará mejor y se volverá atrás.

—Es posible — convino Sidey.

—Bueno, para entonces habrá firmado. A nosotros nos cuesta muy poco volver a Los Ángeles y seguir como estamos. Después de todo, nos llevaremos una buena suma de dinero — razonó Jackson.

—Sí, es verdad.

El avión ya había remontado el vuelo y tragaba las millas que lo separaban de la costa continental. En su interior, los tres hombres pensaban que Gary Lattimer era un caprichoso forrado de dinero.

Y a ellos, sin robarlo, les vendría muy bien un mecenas de aquella categoría.

¡Se habían equivocado con Gary!

*   * *

Pasaron cuarenta y dos días, algo más del tiempo previsto porque surgieron dificultades de última hora.

La isla del millonario Lattimer se había convertido ya en algo similar a un centro científico autónomo en el que no faltaba un solo detalle.

Luego, cuando por sus propios ojos fueron comprobando que Gary no parecía arrepentirse, se lo tomaron más en serio concentrándose en su trabajo, embebiéndose en él.

Sólo el día que todo estuvo terminado recobraron sus dudas.

¡Había llegado el momento decisivo!

Los tres científicos, instalados en la sala central, comprobaron que todo estaba a punto y respiraron profundamente.

—Ya está — dijo Sidey, mirando en derredor.

Jamás habían soñado con tener un equipo tan completo y perfecto. Probablemente, ni las potencias más fuertes del planeta tenían instalaciones semejantes.

—Falta hablar con el señor Lattimer — contestó Jackson.

—Sí, lamentaría que todo se echara a perder.

—Creo que no — dijo Sullivan. Y añadió —: Últimamente parece más interesado que nunca. Yo diría que está obsesionado.

—Iré a buscarlo — decidió Sidey.

El científico salió de allí. Recorrió un largo pasillo y al llegar al exterior vio a Gary Lattimer observando la planta desde unos árboles, como absorto en pensamientos muy profundos.

Fue a su encuentro.

—Señor Lattimer.

—Hola, Sidey.

—Creo que debería venir conmigo.

Las pupilas de Lattimer chispearon.

—¿Está todo a punto?

—Sí, señor.

Al hombre le costó responder. La verdad era que se sentía algo responsable. Podía haber un fallo, un error en los cálculos y Lattimer sufrir una muerte horrible.

—Bien.

—Si lo desea, podemos esperar.

—No. ¿Para qué? Lo que quiero es dejar este mundo que no es de mi agrado cuanto antes.

—Nosotros seguiremos experimentando con animales.

—Sí.

Lattimer se puso en pie y empezó a. caminar hacia el laboratorio a paso lento.

No tenía miedo, pero quería observar los árboles, la isla y la vida, una vez más.

Tal vez no abriera los ojos jamás, tal vez cuando lo hiciera todo fuera muy distinto y no lo reconociera. ¿Cómo pensarían los hombres del año 2022, que sería la fecha fijada para su «despertar» a la vida en el mismo estado físico y mental?

Tendría muchas cosas que explicarles. Y ellos muchas más porque él habría estado dormido.

Llegaron al laboratorio.

Sidey iba tras él, en silencio.

Estaba tan emocionado que no tenía palabras para expresarse debidamente. Aquel día era el más importante de su vida profesional, y también una experiencia humana imposible de olvidar.

Jackson y Sullivan los vieron venir y se pusieron rígidos, expectantes y nerviosos.

Gary se adelantó hasta los aparatos y los miró con detenimiento. De pronto le entraban unos deseos locos de mirarlo todo, de estudiarlo hasta en lo más pueril.

Era como si quisiera grabar en su mente todos los detalles posibles que el futuro habrían de servirle de algo. En cincuenta años sus millones podían haberse esfumado, la moneda haber cambiado, incluso el mundo destruido por una factible guerra atómica.

En ese caso, sólo podría despertar por una casualidad.

Sopesó los riesgos una vez más y éstos no fueron capaces de hacerle desistir de sus propósitos.

Miró los rostros de aquellos hombres de mentes extrañas, capaces de concebir lo inaudito y hacerlo realidad.

—¿He de desnudarme?

—Sí, pero se pondrá otras ropas holgadas.

Con gestos rápidos, Lattimer empezó a quitarse la que llevaba encima, dispuesto a terminar de una vez.

Sidey hizo una seña con la cabeza y Jackson se dispuso a preparar la aguja hipodérmica. Con ella lo dormirían anestesiándolo para que no sintiera el brusco impacto del frío.

Sullivan pulsó unos mandos especiales, pintados de negro, y unas luces opacas se encendieron en la parte izquierda del laboratorio, donde estaba instala campana de cristal que habría de albergar a Lattimer durante cincuenta años.

Estaba colocada en posición horizontal y a ella llegaban los conductos de refrigeración total.

El cristal empezó a empañarse ligeramente.

—La temperatura ambiental — ordenó Sidey.

Sullivan obedeció y pronto la cámara en que se encontraban sufrió una baja de temperatura, aunque no como la que se estaba formando en el interior de la campana.

Sidey tomó algo similar a un «mono» de trabajó blanco, con capucha, y lo acercó a Gary que se estaba despojando de las últimas prendas.

Gary tomó la que el científico le tendía y se la colocó. No llevaba botones ni ataduras y había sido encargada de una fibra especial insensible a muy bajas temperaturas y a bruscos cambios.

Gary se miró.

Tenía un aspecto algo grotesco con aquel atuendo. Sin embargo, no era ocasión para reír.

—Si quiere algo más, señor Lattimer — dijo Sidey, con acento grave.

—No, nada.

—Tal vez quiera pensarlo de nuevo.

—En absoluto, Sidey. Estoy verdaderamente contento. Sé que ustedes, y el resto de mi personal de confianza, cumplirán con su deber.

—Sí, señor.

—Pues adelante.

Él mismo caminó hacia la campana, que Sidey abrió con cuidado.

La oleada de frío hizo que Gary se estremeciera de pies a cabeza. En este instante tuvo un poco de miedo, pero había llegado hasta allí y no pensaba volverse atrás.

Con gestos firmes, se introdujo en la campana, ayudado por

Sidey, y se estiró en ella.

Jackson se acercó con la aguja hipodérmica.

Los ojos de los tres científicos se clavaron en su persona, demostrando tener más miedo que él.

—¿A qué esperan?

Jackson tragó saliva y buscó el lugar donde pinchar. Al hallarlo, rogó al Todopoderoso por el éxito del experimento.

Y en este preciso momento la punta de la aguja entró en la carne de Lattimer. Sus efectos fueron instantáneos, tan rápidos que el hombre apenas se dio cuenta de que perdía la noción de la realidad.

Luego, la negrura de algo demasiado parecido a la muerte.

¡Y el frío que podía ser eterno!

CAPÍTULO III

No tenía miedo; sólo frío, como si barras de hielo le rozaran la espina dorsal para congelarlo lentamente.

Cincuenta años, seiscientos meses...

Soledad. El silencio era absoluto, no se oía nada, ni su respiración.

Pero, ¿cómo iba a respirar si estaba completamente paralizado de pies a cabeza?

¡Pensaba!

Al darse cuenta se horrorizó.

¡La idea de estar cincuenta años pensando y sin poder moverse estuvo a punto de volverlo loco y sin que le faltaran motivos para ello!

No, no podía ser.

Entonces, ¿cómo razonaba todo aquello? Eso sí, a pesar de lo que pasaba por su mente no notaba que se moviera, que era mucho más tétrico todavía. Sin moverse enloquecería.

Empero, abrir los ojos le atemorizaba. Se hallaba en la campana, una fina capa de hielo lo cubriría por completo. Si abría los párpados y los científicos se daban cuenta, aunque tardarán, lo sacarían de allí.

¿Qué podía hacer?

Quería salir. No por miedo, sino porque comprendía que algo había fallado en el mecanismo de hibernación y que su vida estaba en juego. Pero, también había oído hablar a Sidey de que para volverlo a su estado normal debía hallarse completamente inconsciente, ya que los efectos descongelantes eran peligrosos para la mente.

Su paralización era total, completa. El frío, cada vez más profundo. Siguió pensando. Consideraba todas las posibilidades, las recapacitaba una y otra vez.

Sin embargo, con la mente despierta, el frío le helaría el alma, el cerebro, terminaría muriendo de verdad su mente se destrozaría a sí misma de la forma más horrible.

¡Debía abrir los ojos!

Este pensamiento bajó velocísimo a su sistema nervioso y éste recibió la orden cumpliéndola al instante.

¡Levantó los párpados!

La sorpresa no pudo ser mayor. Al principio, incluso llegó a pensar que deliraba, que no era cierto lo que sus ojos y su cuerpo comprobaban con aterrante veracidad.

¡Estaba en el mar, moviendo los brazos para no hundirse en el agua profunda que había a sus pies!

Lejos, en la distancia del horizonte, un velamen brillaba al sol retador y orgulloso.

Gary Lattimer abrió mucho la boca, parpadeó, cerró las mandíbulas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder respirar.

¡Era inexplicable!

No comprendió nada; solamente su instinto de supervivencia le hizo bracear con fuerza para que las olas no acabaran engulléndole hacia los abismos marinos.

Pero una cosa quedó bien grabada en su mente: ¡estaba dentro de la campana y su mente soñaba!

Sí, esto quedó como totalmente positivo en su cerebro y, de pronto, sintió una leve sensación de tranquilidad, como pensando que no podía ser peligroso porque se trataba de un desvarío de su subconsciente.

Izó la cabeza.

Sobre las crestas de las olas vio las velas blancas del buque que se aproximaba a él.

Le hizo gracia.

¿Adonde le llevaría aquel sueño extraño, qué aventuras atravesaría antes de abrir los ojos de verdad y hallarse con que habían pasado cincuenta años y se hallaba en plena juventud?

Elevó los brazos. El barco empezaba a hacerse más visible y notaba algo raro en su construcción para ser un mercante en ruta.

Las velas era lo que más le extrañaba. Claro que bien podía tratarse de un yate de recreo. Por un momento imaginó a una turista millonaria, joven y guapa, con la que podría pasar una aventura perdidos en el océano.

No era mala la idea para ser un sueño.

El buque, con todas las velas hinchadas por el viento, continuó

aproximándose.

Y Gary vio cómo se esfumaban sus sueños.

No era un yate, ni en su borda había una rubia de unos ojos verdes y mirada lánguida.

¡Era un barco antiguo, con los costados forrados de cañones idénticos y pequeños!

Iba de sorpresa en sorpresa. Estaba visto que la aventura iba a ser todavía más emocionante de lo que había pensado.

¡Y no sabía cuánto!

Al mirar la punta del mástil se dio cuenta de que el barco no llevaba bandera. En su cubierta se movían seres humanos que iban y venían de un lado para otro.

Gritó.

Por lo menos, que le sacaran del agua y le dejaran en el puerto más próximo donde...

No siguió.

¡No sabía!

El maderamen del barco gemía con los embates de las olas. Era bastante viejo.

Un rostro se asomó por la borda.

— ¡Oiga! — llamó Lattimer.

La cara se giró hacia él y Gary vio que llevaba barba sucia y dejada, así como un parche negro sobre el ojo izquierdo.

Volvió a hacerle gracia.

Un sueño con piratas sería entretenido y curioso. Luego, podría explicarlo a los científicos para que ellos analizaran las raíces del sueño que no había tenido nunca.

—¡Hombre al agua! — bramó el tipo que se había asomado, señalando el lugar donde Lattimer se encontraba.

Pronto, como vomitados por la madera, un nutrido grupo de cuerpos se unieron al que había gritado.

Podía considerarse a salvo.

—¡Echadle una soga!—rugió alguien.

Las voces eran roncas, algo brutales.

Una cuerda serpenteó en el aire y fue a caer a medio metro de la cabeza de Gary, con gran chapoteo.

La asió con las dos manos.

—¡Vamos, tirad todos!

Todas sus fuerzas fueron para impedir que la soga se le escapara de las manos. Así, se vio izado como un muñeco, sacado del agua y camino de la borda de aquel barco misterioso.

Se miró entonces.

Llevaba la ancha bata que le ayudó a poner Sidey antes de entrar en la campana.

De pronto, se vio ante el rostro del que le había descubierto. Era moreno, huesudo y le miraba como si viera a un fantasma salido del infierno.

Gary se asió a la borda. En aquel instante había sentido miedo del tipo que le miraba y sospechó que de nuevo podía dejarle caer al agua para abandonarlo.

Pisó la madera de la borda. Tenía la bata empapada y chorreaba grandes cantidades de agua.

Un grupo de unos cincuenta hombres, todos sucios y desaliñados, formaron un círculo a su alrededor observándole con asombro y sin decir una sola palabra.

Sus aspectos eran muy poco tranquilizadores. Por lo menos media docena se mecían borrachos como cubas.

Por fin, el que le había visto en primer lugar dio un paso al frente, le señaló con la punta del dedo índice y rugió:

—¿De qué infierno te han escupido, maldito?

Gary se atragantó.

Para ser un sueño, su mente lo imaginaba todo muy bien, ¡quizá demasiado bien!

—Me llamo Lattimer — balbuceó.

El otro parpadeó.

—Inglés, ¿eh? ¡Pues yo me llamo Ramírez! ¡Y como sabrás no me gustan nada los ingleses!

No lo sabía, pero tampoco se atrevió a confesarlo.

—Encantado.

Ramírez soltó una brutal carcajada. Tenía todo el aspecto de ser un criollo con los peores instintos de las dos sangres que llevaban sus venas.

—¿Te guaseas?

—No. Pero, ¿dónde está el capitán?

Ramírez se puso pálido. Los otros individuos le miraron de reojo

y se oyeron risitas quedas, sarcásticas.

Había metido la pata, con todo el sentido de la palabra.

—¡El capitán soy yo, estúpido! — increpó Ramírez de la peor forma posible. Y mientras daba otro paso al frente añadió —: Ahora di de dónde has salido o serás pasto de los tiburones, inglés.

—Pues… Bueno, no creo que tenga tanta importancia. Le estoy muy agradecido, capitán, y tan pronto como lleguemos al primer puerto civilizado abandonaré el barco.

Lo dijo con normalidad, tranquilo.

¡Pero Ramírez levantó el brazo derecho y la palma de su mano, a una velocidad inesperada, cruzó la distancia que la separaba de su rostro, donde fue a caer con tremenda brutalidad!

Gary perdió el equilibrio y fue a caer de rodillas junto a los pies de los otros hombres.

Una bota le pegó en el costado derecho y lo lanzó de nuevo al centro del círculo.

Ramírez se acercó a él.

—¿Hablarás?

Lo miró. Aquel tipo era un bestia. Y los golpes no parecían tan ficticios como creyó en un principio.

—No tengo nada que decirle. Y si hablara…

No terminó por considerarlo inútil. ¿Cómo iba a entender un pirata sus sueños, los de un hombre de trescientos años en el futuro?

—No sabes nada, ¿eh? Ayer vi el barco de mi socio Morgan. ¿No será que Su Majestad lo ha mandado a pique?

—No, no…

—¿De qué barco has salido tú entonces? Morgan es lo suficientemente hombre como para daros el esquinazo, pero vosotros, los militares, no vais nunca solos.

»Anda, ¡confiesa que le sorprendisteis y en la batalla tú caíste al mar!

»¿O consiguió hundir uno de vuestros asquerosos barcos?

—No sé…

¡La bota de Ramírez no perdió el tiempo! ¡Con una crueldad implacable le pegó en la cara y lo tumbó de espaldas, después de abrirle la mejilla a causa del impacto!

La sangre corrió por la cara de Lattimer.

—¿Hablas?

Sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Espere..., yo no soy lo que imagina... En realidad esto es un sueño. Yo soy de otro tiempo y...

Una mano nervuda, vellosa como un puerco espín, le asió de la bata y lo izó en seco.

Era Ramírez, que cada vez estaba más enfadado. Su boca babeaba por la furia de creer a su socio y el barco perdidos.

—Te voy a sacar las entrañas, inglés... Luego, las iré tirando poco a poco a los tiburones. ¿Y sabes qué haré con tu cabeza? Se la mandaré a tu almirante para que la vea.

—Yo...

Ramírez le dio un empujón y lo soltó. Luego, como una fiera, desenfundó la enorme espada que llevaba en el cinto y la levantó para cortarle el cuello de un solo tajo.

Gary se estremeció.

¡Iba a morir!

Gateó por el suelo. Ramírez ya bajaba el arma.

—Un momento, capitán — dijo una voz algo más sosegada.

El corsario se giró.

—¿Qué quieres?

Un tipo que se había separado del grupo se les acercó y miró al cabecilla sin temor.

—Este inglés puede valemos unas guineas nada despreciables. Como una docena de morenos.

—¿Insinúas que pidamos rescate?

—¿Por qué no?

Ramírez detuvo la trayectoria de su espadón y vaciló.

—Hombre...

—¿Para qué matarlo? Si quieres, le cortamos una pierna y así no nos dará más guerra.

—Sí, no está mal.

El que había traído aquella idea más comercial sonrió.

— ¿Qué hacemos con él?

—Bajadlo abajo y lo colocáis en el lugar del moreno que murió esta mañana.

—Sí, capitán.

—¡De prisa!

—Vamos, tú…

Empujado violentamente, Gary hizo un esfuerzo y se puso en pie. Luego, lo condujeron hacia el interior del buque. Lo que había oído le había puesto los pelos de punta.

¡Cortarle una pierna, para luego pedir recompensa!

—¿Quiénes eran los morenos?

Le dolía la cabeza, el cuello, el costado… Además, aquel barco se movía como una cáscara de nuez y empezaba a sentirse algo mareado.

De pronto, oyó un sordo rumor que salía del interior del buque. Era como si cientos de gargantas se quejaran al unísono desde un lugar muy profundo, como si los muertos de una fosa común revivieran y protestaran.

Se estremeció.

—¡Ya están chillando otra vez! — exclamó el individuo que iba al lado derecho.

—¡Malditos!

Hablaban en inglés. Debían ser renegados convertidos en piratas para huir de la justicia.

Enfiló una angosta escalera y bajó por ella.

Un fuerte hedor a transpiración, a suciedad y a miseria sin límites le llegó al rostro, abofeteándolo brutalmente.

¿Dónde estaba?

Los gritos eran más audibles, más acompasados.

Finalmente, sus guardianes debieron pensar que estaban perdiendo el tiempo. Uno de ellos le empujó, lanzándolo de bruces contra el sollado.

Gary cayó rodando, intentando amortiguar la caída con los brazos y las piernas. Lo único que logró fue desollárselas y recibir la sensación de que se había desnucado.

Después, lo arrastraron por el suelo, lo colocaron de espaldas en el suelo y le pasaron unos grilletes por las muñecas y los tobillos hasta que quedó inmóvil completamente.

Jadeaba.

¿Por qué había de soñar todo aquello?

Notó que los lamentos se habían suspendido, que el sollado estaba silencioso como una tumba.

Luego, escuchó otras respiraciones. Venían da todos lados; a su izquierda y a su derecha, delante, detrás...

¡No estaba solo!

—Leah...—susurró una voz.

—Estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí...

Hablaban en francés, y con un acento extraño. Estaban a su derecha y una de las voces, de hombre, sonaba muy próxima.

—¿Qué ha pasado? — inquirió la de mujer.

—Han traído a otro.

—¡Oh, Piri! ¿Cuándo acabará esta pesadilla?

—No grites; pueden oírnos y tirarnos al mar.

—¿No sería mejor?

—No. Ante todo hay que vivir. Vivir juntos, Leah.

—Nos matarán.

—No si permanecemos tranquilos. Cuando nos vendan tendremos que trabajar, pero podremos vernos y estar juntos, ya lo verás.

—¿Y si nos separan?

—No.

La voz del hombre llamado Piri sonó ronca, áspera ante el solo pensamiento de una separación.

Gary, que había escuchado con mucha atención, estaba verdaderamente sorprendido. Al principio no comprendió. Bueno, su cerebro consideró que era imposible lo que asimilaba y sólo lo aceptó cuando las pruebas fueron terriblemente irrefutables.

¡Era un buque negrero!

Y todos aquellos cuerpos pertenecían a seres que habían sido arrancados de sus poblados de África para ser vendidos en las costas americanas como esclavos.

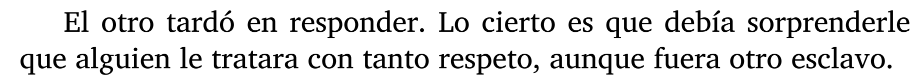
Era desolador.

El llamado Piri no parecía un salvaje. Podía hablar con él y recibir alguna explicación.

—Piri...

—¿Qué quiere? — contestó el aludido a media voz.

—Quería hablar con usted.


El otro tardó en responder. Lo cierto es que debía sorprenderle que alguien le tratara con tanto respeto, aunque fuera otro esclavo.

—¿De qué?

—¿Dónde estamos?

—En el mar.

—¿Hace mucho?

—¿Ya lo ha olvidado? Hace quince días que abandonamos tierra firme. Ahora no se detendrán hasta llegar a Nueva Orleans.

¡Estados Unidos!

—¿De verdad?

—Claro. ¿Cómo no sabe todas estas cosas?

—Yo...

Gary vaciló. Luego, dijo:

—No.

Piri no habló. Debía haberle sorprendido que un blanco estuviera allí. Sin embargo, no parecía un criminal.

—¿Quién grita por ahí? ¡Si lo encuentro le partiré el espinazo! — escupió un vozarrón.

CAPÍTULO IV

Pasaron los días.

Por la mañana los liberaban de los grilletes y durante diez minutos comían y paseaban por cubierta en grupos de veinticinco, bien vigilados por unos cuantos de aquellos negreros patibularios.

Luego, volvían a sus puestos hasta el día siguiente.

El barco seguía navegando hacia el Oeste, como perdido en el ancho océano. Gary, a pesar de que no se podía hablar, había conseguido ganarse la confianza de Piri, un muchacho que trabajaba en la costa occidental africana para unos colonos blancos.

Un día les dijo a sus dueños que se quería casar y éstos se negaron. Piri, enfadado y humillado, discutió.

Su fin, y el de Leah que era su novia, fue aquel barco de esclavos con rumbo a las costas africanas.

Todo esto se lo había explicado a pequeños retazos.

Leah era una muchacha de unos dieciocho años, menuda y graciosa. No hablaba por temor a los centinelas y Piri la iba tapando siempre intentando ocultarla de ojos malignos, que por desgracia abundaban.

En poco tiempo, Lattimer vio tantas atrocidades que su estómago no asimilaba el maloliente alimento que les daban. Ciertas cosas habían sido horribles, inenarrables.

De vez en cuando el cadáver de un esclavo saltaba por la borda y se hundía en el mar, después de que con él se hubieran cometido las mayores atrocidades que una mente humana puede imaginar.

Un día, el aire se llenó de graznidos.

¡Eran volátiles que daban vueltas en torno al buque y picaban los residuos de la comida!

Para los infrahumanos que yacían en los sollados este signo les avisó que estaban llegando a tierra firme. La inmensa mayoría de ellos no sabían nada de nada, pero otros, como Piri, habían oído hablar de América por bocas de sus anteriores dueños.

Una corriente de inquietud y al mismo tiempo de satisfacción

porque se separarían de los negreros, penetró en las bodegas y sacudió las almas de aquellos condenados.

—Piri.

—¿Qué, Gary?

—Procuraré ayudarte en lo que pueda.

—Gracias. Lo que más me preocupa es que nos separen a mí y a Leah. Ella no podrá cuidarse sola.

— No te preocupes.

De pronto, sonaron pasos en la escalera. Una decena de negreros empezó a gritar y a proferir insultos. Luego, soltaron a unos cincuenta esclavos, entre los que se encontraban Leah, Piri y Gary.

Los subieron a cubierta y allí se asearon con agua de mar.

A lo lejos, pudieron divisar unas montañas y un puerto bastante grande, en cuyos muelles había muchos barcos.

Nueva Orleáns.

Cuando estuvieron algo limpios les pusieron cadenas en los pies y los llevaron a popa para que otros esclavos ocuparan sus puestos y pudieran limpiarse.

De esta forma, al parecer más sanos, Ramírez pensaba conseguir más beneficios.

Leah y Piri no se separaban jamás.

Dos horas después, entraban en el puerto. A lo largo de los muelles la gente se apelotonó, curiosa, mirando las caras de los seres llegados de tan lejos.

Ramírez, altanero y orgulloso, iba junto al timonel.

Lattimer estaba horrorizado. No comprendía que la gente pudiera ser tan salvaje. Para ellos, la llegada de esclavos era algo así como cristianos para los súbditos de Nerón, que luego perecían en la arena despedazados por hambrientos leones.

Era más que inhumano.

Finalmente, atracaron. Una docena de individuos nada mejores que Ramírez subieron al barco inmediatamente para observar la «carga» y comprobar su calidad.

Los viejos fueron amontonados en un grupo, las mujeres en otro y los hombres jóvenes mirados con detenimiento, sobre todo el estado físico de cada uno.

Piri no soltó a su novia hasta que uno de los hombres de Ramírez le pegó con el látigo en la espalda y tiró de él,

derribándolo.

Leah fue empujada con las demás mujeres. Su cuerpo era joven y no pasó desapercibido para aquellos tratantes de carne humana, que la observaron de reojo.

Gary creyó que iba a perder el sentido de lo humano. De repente le entraron unos locos deseos de saltar sobre aquellos tipos y apretarles el cuello hasta estrangularlos.

¡Y lo hubiera hecho!

Oyó los gemidos de Piri en el suelo. Leah gritaba como una leona mientras la conducían con el resto de las mujeres.

—Piri — llamó. Y adujo —: Levántate, ya verás como estaréis en el mismo trabajo.

El joven obedeció convencido por las palabras de Gary.

—¿Dónde está Leah?

—Allí, pero espera...

Piri no se dio cuenta de nada. Siguió a su prometida con la mirada como si así la pudiera retener a su lado.

—¡Si nos separan se arrepentirán!

—Calma.

Los negreros seguían discutiendo el precio. Al parecer uno de los compradores había aceptado lo pedido por el pirata y las mujeres habían pasado a su poder.

Luego, ellos se encargarían de venderlas al mejor postor en el mercado de esclavos.

—¡Se la llevan, Gary!

El muchacho intentó saltar y correr tras Leah, que en compañía de las demás mujeres ya empezaban a ser desembarcadas, pero Gary lo retuvo con un esfuerzo.

—No.

—¡Suéltame!

—Espera.

Lo retuvo contra su voluntad.

Minutos después, fue adjudicado el grupo de hombres jóvenes. Respecto a los más viejos o enfermos no parecían ponerse de acuerdo. Ramírez gritaba y decía que era poco dinero.

—Vosotros, ¡caminad!—gritó alguien.

Los jóvenes andaron hacia la pasarela.

Piri se giró.

—Gary...

—No te preocupes. Ahora no puedes hacer nada. Tienes que esperar a saber dónde está Leah, en el caso de que os separen. Yo no sé todavía adonde iré a parar...

—Tú, ¡el que habla!

Lattimer se detuvo.

Un brazo cayó sobre su espalda y le derribó violentamente, apartándolo de Piri.

Era Ramírez.

— ¡Tú te quedas aquí, idiota!

Gary no tuvo otro remedio que callar mientras su amigo de color se apartaba de él y se alejaba. Sintió una indefinible sensación de pena y malestar. Piri se había portado bien con él y lamentaba la tragedia de los dos enamorados, que posiblemente no serían felices jamás.

Era un amor puro, total y apasionado, el de la pareja.

Foco después, se llevaron a los ancianos y quedó él en cubierta, junto a los cadáveres de dos esclavos que acababan de morir.

La desolación y la tristeza eran inenarrables.

Ramírez lo ató a la borda y lo dejó allí. Al parecer, quería mandar un emisario al fortín inglés más cercano pidiendo rescate. ¿Cuál sería su sorpresa cuando averiguara que él no pertenecía a la Armada de la reina británica?

¿Seguiría todavía allí?

Deseó que así fuera porque quería ver a Piri y Leah antes de que su mente vagara por otros rumbos de la inconsciencia soñadora. Quería, al menos, verlos felices y juntos.

Llegó la noche.

Casi toda la tripulación vagó por el muelle hasta perderse en las sucias cantinas del puerto, desde donde se oían sus berridos y sus incongruentes palabras de borrachos.

Ramírez también había desembarcado.

Llevaba mucho tiempo allí. ¿Cómo su mente seguía aferrada a aquel sueño tan largo?

Su subconsciente estaba despierto. Era posible que tuviera que vivir los próximos cincuenta años a partir de aquel momento en que apareció perdido en el océano.

Esto significaba que no podría morir, pero también que cuando los científicos del siglo XX lo volvieran a la vida su mente se habría convertido en anciana mientras el cuerpo sería joven.

No era lo que él esperaba del experimento. Le daba miedo pensar tantas y tantas cosas.

¡Mucho miedo!

—Schisss...

Se giró sobresaltado y vio la forma de una cabeza que surgía por la borda lentamente.

¡Piri!

—No hables, Gary. Voy a soltarte.

—¿Para qué? — inquirió él en voz baja.

—Yo te ayudo a ti y tú a mí.

Gary calló.

Para que el joven estuviera en el barco tenía que haberse escapado de su comprador, lo que era tanto como decir que era un fugitivo condenado a la más implacable de las muertes.

Tragó saliva, nervioso.

Las ligaduras fueron cortadas de cuajo y Gary se vio libre.

Se puso en pie y pasó sobre la borda. Piri había llegado hasta él encaramado a una de las amarras y por aquel camino tuvieron que bajar hasta el muelle.

Al llegar allí se confundieron entre las sombras de una callejuela y se pegaron a la pared para recobrar la respiración.

—Tenemos que salir de aquí — dijo Gary.

—Sí, yo te enseñaré el camino.

—¿Sabes lo que haces, Piri?

—¿Sabes tú lo que quieren hacer con Leah?

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Lattimer. No sabía absolutamente nada, pero se imaginó una monstruosidad.

—No.

—Lo verás... Yo he tenido que matar a un guardián para poder escapar y no creo que tarden mucho en darse cuenta.

—¡Es una locura!

—Ellos lo han querido así, Gary. Solo no puedo hacer nada y tú, al ser blanco, podrás hacer muchas más cosas que yo.

—Bueno, te ayudaré.

Piri le apretó un brazo como muestra de agradecimiento. Luego, tiró de él con fuerza y se alejaron.

Atravesaron un dédalo de sucias callejuelas y prosiguieron la rápida marcha hasta las afueras de la ciudad. Piri iba armado con un voluminoso cuchillo que aterrorizó a Gary. Sin embargo, no era momento de escrúpulos; sino de acción.

Y, como era un sueño, Lattimer continuó adelante.

Salieron de la ciudad, se internaron en el campo y se detuvieron al llegar a una cerca de madera.

—Por aquí, Gary.

—Sí.

La saltaron.

Gary vio el cuerpo de un hombre blanco sobre un charco de sangre.

¡Lo merecía!

Pero aferró a Piri y lo detuvo.

—Escucha, ¿qué te propones? — inquirió.

—Liberar a Leah.

—¿Y luego?

—Huir.

—No podrás. No conoces estas tierras y todos son iguales. ¿Qué crees que pensarán los que os vean pasar?

—Bueno, no me importa. Si hace falta moriremos los dos juntos, pero no abandonaré a Leah en manos de esos cerdos.

Morir.

¿No era preferible lo que decía Piri a vivir toda la vida pensando en la suerte que habría corrido su amada?

Lo era. Sólo que hacía falta mucho valor para hacerlo. Lattimer estaba sorprendido, admirado y atónito. Él no había conocido a ninguna mujer por la que se dejaría matar.

¿Sería capaz de amar como lo era Piri?

¿Y luchar?

¿Qué sensación le causaría degollar a un ser humano y ver cómo su cuerpo se enfría en las propias manos, mientras la sangre sale a borbotones incontenibles de su herida?

Eran experiencias por las que Gary no había pasado.

Por ello vaciló en los siguientes pasos, camino de la cabaña de

cuyas ventanas salía luz.

Piri empuñaba el machete con mano firme. No vacilaría en matar, y mucho más si a Leah le había ocurrido algo.

¿Qué haría él?

Llegaron a la pared de troncos.

Piri le hizo una seña para que se asomara. El color de su piel contrastaría menos en la amarillenta luz del interior.

Los ojos de Piri brillaban como dos bolas de fuego que despidieran chispas de odio. Estaba como loco, embrutecido por la sed de justicia. Sería capaz de cualquier cosa.

Poco a poco, vacilando y con el corazón encogido como un puño, Gary fue elevándose sobre la punta de sus pies hasta que sus ojos sobrepasaron el borde de la ventana y pudo ver lo que sucedía en el interior de la cabaña.

Se horrorizó su mente.

En la cabaña había cinco hombres blancos y tres muchachas de color. Dos de ellas eran empujadas por tres individuos que las besaban pasándolas luego de uno a otro.

La tercera joven, Leah, corría por la cabaña intentando escapar de los dos tipos restantes, uno de los cuales resultó muy conocido para Lattimer, pues se trataba del mismo Ramírez.

Éste reía y reía groseramente. Le hacía mucha gracia que la joven intentara zafarse de sus brazos.

Piri debió ver el espanto en su rostro porque le miró furioso y preguntó:

—¿Qué?

—Tranquilo, Piri.

—¿Cómo está Leah?

—Bien, anda, yo abriré la puerta. Leah está cerca y creo que saldrá corriendo.

Su suposición era acertada, pues aunque la joven no intuyera la presencia de ellos fuera de la cabaña huiría al notar que se abría a su espalda una puerta.

Piri asintió con la cabeza.

El machete era cada vez más amenazador. Amenazaba sangre, mucha sangre.

Gary se acercó a la puerta y su amigo lo hizo en el otro lado, dispuesto a entrar en acción en cuanto saliera Leah.

De pronto, la muchacha gritó.

¡Gary empujó la hoja de madera!

Y Piri no pudo dominar sus nervios. Dio un salto y penetró en la cabaña blandiendo el machete en su mano derecha. Vio a Leah intentando zafarse del abrazo de Ramírez y su boca se desdibujó en una mueca de ferocidad inaudita, de odio insaciable.

Se transformó en un ser que deseaba la sangre de sus enemigos.

Gary apenas tuvo tiempo de ver lo que sucedía. Sólo vio cómo Piri tiraba de un brazo de Leah, la sacaba de la cabaña y luego quedaba de pie en el umbral, mirando a Ramírez.

Éste Se puso lívido.

En el cinto llevaba un grueso pistolón. Su mano derecha entró en acción y voló hacia él.

Piri sonrió macabramente.

¡Dio la impresión de que permitía a Ramírez rozar la culata del arma para, entonces, disparar su brazo armado y hacer que la punta afilada del machete se hundiera en su vientre!

El negrero boqueó espantado, mientras el acero le taladraba las entrañas y se las segaba como hierba maligna.

Cuando Ramírez cayó de espaldas, envuelto en su propia sangre, tenía los ojos muy abiertos y estaba muerto, completa y definitivamente muerto.

—¡Vamos, Piri! — gritó Gary.

—Sí.

Leah se abrazó a su amado.

—¡Han matado a Ramírez! — gritó uno de los tipos que quedaban dentro de la cabaña.

—¡Hay que acabar con ellos! ¡Los cazaremos como ratas!—ladró un segundo.

Se oyeron pasos.

Gary quedó como paralizado, sin saber qué hacer y mirando el umbral por el que pronto saldrían sus asesinos. Los matarían allí, los harían pedazos, los...

Se asomó el primero. Llevaba una pistola en la mano derecha y no vaciló en disparar contra la oscuridad.

El fogonazo cegó a Gary, que estaba paralizado, incapaz de moverse para intentar huir.

Él jamás se había visto en una situación así. Le parecía hasta

imposible que la muerte fuera tan atroz. Aterrado, sólo vio a Piri que retrocedía en la oscuridad y se acercaba a la cabaña.

Disparó la mano armada contra el que había disparado y la hoja de acero se hundió en el cuello del enemigo.

— ¡Ven, Gary!

El aludido balbuceó algo. Su instinto de conservación estaba esperando una orden parecida, incapaz de valerse y saber reaccionar por sí misma. Por ello, obedeció y echó a correr en pos de la pareja mientras tras ellos arreciaban los gritos y los insultos.

Sonaron dos disparos.

Las balas silbaron sobre sus cabezas siniestramente y se perdieron en el vacío.

Iban a morir.

Le entró una sensación de fúnebre asfixia, de sentirse copado y condenado a muerte.

Corrió.

Piri y Leah lo hacían desesperadamente pero infinitamente unidos. Parecían una sola persona, un solo cuerpo en el que se habían fundido dos almas distintas.

Sintió admiración por aquel amor ilimitado que ni la muerte podía resquebrajar.

De pronto, notó un fuerte golpe en la espalda.

Sus piernas se pararon con brusquedad y la boca se le abrió instintivamente para tragar todo el aire, toda la vida...

Cayó de bruces y sus manos se hundieron en la tierra de aquel continente joven, inexplorado, en el que la violencia habría de imperar muchos años, muchos...

Con la mirada algo vidriosa pudo ver a Piri y Leah.

Deseó fervorosamente que lograran huir lejos de allí, hacia otras tierras donde su amor fuera libre.

Pero la desgracia se había cebado en ellos. En los tiempos en que se encontraban no podía intentarse una cosa semejante y tendrían que pagar cara la insolencia de la rebelión, aunque fuera justa. .

Leah soltó un débil grito y se giró de costado para al instante caer al suelo, a los pies de Piri.

—¡Leah!—rugió el joven, lanzándose a su lado y volviéndola de espaldas como si quisiera asegurarse de que estaba bien, que no le había ocurrido nada.

Sin embargo, Leah había muerto.

¡Su joven y limpio corazón estaba atravesado por una bala maldita, ponzoñosa!

—Leah, contesta...

Gary no pudo moverse en dirección a ellos. Tan sólo, con mucho esfuerzo, ponerse cara al cielo porque de repente quería ver los rostros de sus asesinos.

El miedo se había disipado en su interior.

Varios hombres corrían hacia ellos, disparando y maldiciendo.

Pasaron sobre él, sin prestarle el menor caso porque su aspecto era el de un moribundo y fueron hacia Piri.

Éste, enloquecido porque su mente acababa de asimilar la idea de que Leah había muerto, se puso en pie, blandió el machete y les salió al encuentro mientras de su garganta salía un rugido infernal.

—No, Piri...—balbuceó Gary.

Pero era inútil.

Uno de los cazadores humanos fue más rápido y sólo tuvo que apretar el gatillo de su pistola para que una pesada bala fuera escupida por el arma y se clavara en el vientre del valiente negro.

Piri se estremeció.

Empero, no por ello dejó de caminar.

Su machete describió un amplio círculo y quiso golpear al enemigo más próximo.

Una segunda bala se incrustó en su cabeza.

Piri cayó de bruces y quedó cruzado sobre el cuerpo de su amada. ¡Juntos hasta la muerte!

Gary, que no se había perdido un solo detalle de la escena deseó tener fuerzas para izarse y luchar contra aquel crimen, contra la injusticia tan abominable que sus ojos habían observado.

—Aquél está vivo — dijo una voz.

Los vio acercarse.

—Dejádmelo...

Una pistola se acercó a su cabeza. Oyó que su asesino empezaba a reír sádicamente.

El percutor se izó mientras el cañón se posaba en su frente, frío y estremecedor.

Cerró los ojos.

CAPÍTULO V

¡¡Bomm!!

El estampido le hizo saltar de costado, pegarse a la tierra y encogerse sobre sí mismo.

Elevó los párpados.

¡Veía!

¿Dónde estaban sus amigos? ¿Por qué en el lugar donde estaban antes ahora había un montón de tierra gris, removida y desierta? ¿Por qué la noche se había convertido en una tarde opaca, sin sol?

¿Dónde estaba?

Fue lo que más le aterró, porque de momento se vio solo, completamente solo en un lugar abandonado y desconocido; además, distinto a todo cuanto él conocía.

Había dejado un sueño y empezaba otro.

¡¡Bomm!!

La tierra se estremeció, una ola de aire caliente, abrasador, pasó sobre su cabeza y se perdió a su espalda.

¿En qué lugar se había posado su subconsciente?

Una niebla gris empezaba a extenderse a su alrededor como un manto fúnebre que lo envolviera para llevárselo hacia el más allá absoluto. Lo vio y tuvo miedo.

—¿Qué haces, idiota?

Alguien gritaba.

Se movió como un reptil, sin atreverse a izar todo el cuerpo y mirar desde más alto.

—¡Bájate, imbécil!

¿Era a él?

La niebla seguía acercándose.

Otra explosión reventó a su espalda y le hizo caer de bruces como impulsado por una fuerza maldita.

Quedó inmovilizado, temblando.

Mientras, la niebla seguía aproximándose. Cada vez que sonaba una explosión la niebla aumentaba y se hacía más densa, más espectacular.

¿Era el infierno?

Por lo menos, algo muy parecido.

De pronto, algo pesado cayó a su lado y le zarandeó con violencia, como enfadado.

Se giró.

¡Y sus ojos reconocieron a aquel soldado por el casco y el uniforme, que resultaba indudable para una persona culta como él!

Era un soldado alemán de la Primera Guerra Mundial.

Parpadeó, sin saber qué decir.

—¿Qué haces aquí? — gruñó el militar con las facciones desencajadas por la furia.

—Pues…

—¿No has visto el gas, idiota? ¿O es que quieres morir con los pulmones destrozados? Vamos, ponte esto.

Gary vio cómo el soldado le entregaba una careta antigás y la tomó vacilante. Jamás había usado uno de aquellos artefactos. En «su vida» había ido al servicio militar, pero jamás un oficial se atrevió a hacer cumplir con su deber.

Gary Lattimer tenía dinero para comprar todo un Ejército.

—¿Estás bobo?

Se la puso.

A través de los oscuros cristales de la careta vio cómo el soldado se apartaba de allí y corría por la tierra removida hasta que levantó un cadáver y le arrebató la careta que el muerto ya no necesitaba.

¡Gas asfixiante!

Algo horrible, monstruoso que convertía a los hombres en piltrafas humanas que deseaban la muerte a gritos. Había leído algo de aquella guerra y no sintió placer por la elección de su subconsciente.

No, había sitios mejores.

¿Y la pareja que ya no veía?

Piri y Leah estaban muertos. Juntos habían abandonado la vida que no era digna para ellos.

Pero, ¿qué ocurriría ahora?

—Sal de ahí… — le dijo el alemán.

La voz salía ronca a través del filtro de la careta. Con aquellos artefactos se respiraba muy mal, tanto que uno sentía como si sus pulmones fueran a estallar.

Se levantó.

Caminaron encorvados mientras se sucedían las explosiones y luego el soldado le empujó hacia el hoyo de un obús, donde quedó paralizado y en espera de saber lo que sucedía.

La nube de gas había quedado algo apartada.

El alemán se quitó la careta y él hizo lo propio.

—¿Dónde estamos? — preguntó.

—¿Tanto te emborrachaste anoche?

—No, pero...

—Esto es el Somme, muchacho.

¡Al oír el nombre casi se le paralizó el corazón!

Aquel lugar maldito. En él se celebraron casi todas las batallas más sangrientas de la guerra. Ni aún después del conflicto se logró saber el número de hombres que allí habían perdido la vida.

Además, estaba en las líneas alemanas.

¿Qué pensarían los oficiales de aquel soldado cuando lo interrogaran y vieran que no era alemán ni francés, sino americano?

No le gustó nada la posición en que se encontraba.

Y el gas pronto llegaría hasta ellos.

—No te preocupes, muchacho. Lo malo de verdad será cuando los británicos se lancen a la bayoneta.

Se erizó el cuero cabelludo de Lattimer.

—¿Cómo?

—Sí, después de los gases siempre mandan unos batallones para que no nos aburramos. Vamos, no tiembles.

Era un joven. A pesar de sus rasgos embrutecidos por la guerra se notaba que apenas pasaría de los veinte años. Gary, al mirarlo con detenimiento, se dio cuenta de que no era un valiente ni creía en sus propias palabras.

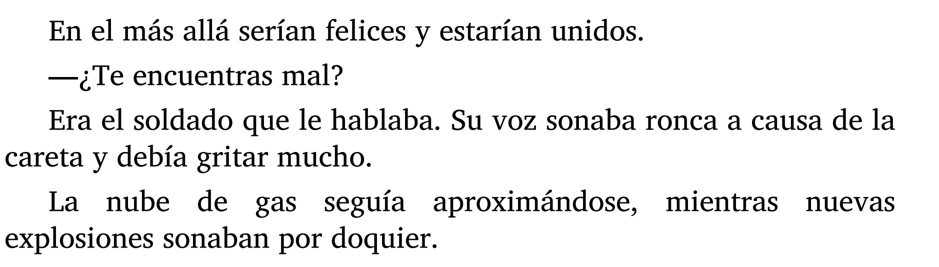
—Ven...

El muchacho se puso en pie y empezó a caminar por la tierra desollada, descuartizada.

Una ametralladora, Dios sabía dónde, empezó a tabletear mordaz y sádicamente. Los estampidos eran continuos, tanto que los oídos de Lattimer llegaron a acostumbrarse a ellos.

Leah y Piri estaban muertos.

Gary había aprendido mucho de ellos. Fueron seres que no tenían nada, ni siquiera la libertad mínima de cualquier otro ser humano, y sin embargo lucharon hasta el fin.



En el más allá serían felices y estarían unidos.

—¿Te encuentras mal?

Era el soldado que le hablaba. Su voz sonaba ronca a causa de la careta y debía gritar mucho.

La nube de gas seguía aproximándose, mientras nuevas explosiones sonaban por doquier.

Caminó más deprisa.

De pronto, el soldado pareció ser tragado por la tierra pues desapareció bruscamente.

Dio unos cuantos pasos más y se dio cuenta de que había saltado al interior de una trinchera, por lo que él hizo lo mismo y se vio en un hoyo lleno de barro, pestilente.

Había otro militar.

—Has tardado, Otto — dijo éste.

—Me encontré con un civil. Ahí lo tienes.

—¿Y qué hacía en la tierra de nadie?

—¿Qué sé yo?

El otro soldado se giró hacia él y le miró con detenimiento, algo sorprendido por las ropas que usaba Gary.

—¿Cómo te llamas? — preguntó.

—Gary...

—¿Gary?

Se miraron, sin comprender.

Gary se dio cuenta de que había cometido una indiscreción. Aquel nombre no era francés, ni alemán.

—¿Entiendes algo, Otto?

—No, Hugo.

—No sé..., me parece un tipo muy raro.

—Me perdí en un bombardeo. Soy un refugiado.

Hugo enseñó los dientes, blancos y afilados, en una extraña sonrisa.

—¿No serás inglés?

—No, claro que no... Soy francés. Vivo en un pueblo cercano y ya he dicho que...

Rat, ta, ta, ta...

La ráfaga pasó sobre el hoyo y segó la tierra sobre sus cabezas.

—Ya vienen—dijo Otto con un gruñido. Y añadió—: No

podemos entretenernos con él.

«Los de la policía militar se cuidarán de interrogarlo, Hugo.

—Sí, es verdad.

Gary se puso pálido.

¿En qué nuevo lío se había metido?

—¿No pensarán dejarme aquí? — inquirió alarmado por la idea de que los ingleses le atravesaran el cuerpo de un balazo o un golpe de bayoneta.

Él no era de aquel tiempo. ¡No tenía por qué morir en una guerra que no le incumbía!

—Pues me parece que no tendrás otro remedio — respondió Otto—. Aunque puedes salir de aquí si lo deseas, pero no hay nada tranquilo. El ataque es general y solo no acabarías muy bien.

»Los ingleses tienen malas ideas; no vacilan en llenarlo a uno de plomo y después preguntan.

—A mí no me interesa la guerra.

—¿No?

Otto y Hugo rieron.

Luego, al darse cuenta de que Gary empezaba a temblar, se miraron y cambiaron de expresión.

—Bah, no será nada —dijo el primero, como un padrecito benevolente.

—Me voy — contestó Gary, aferrándose con las dos manos en el borde del hoyo y dispuesto a correr hacia la retaguardia para ponerse a salvo y procurar salir de aquel atolladero.

Y lo hubiera hecho de no ser por el ruido que en aquel instante llegó a sus oídos.

Era algo que Gary no conocía, algo aterrador, demoníaco y maléfico.

¡Miles de gargantas humanas rugían en la oscura tarde, delante de ellos, y escuchaba perfectamente frases amenazadoras, condenatorias!

¡El ataque!

La tierra pareció oscilar, temblar bajo las botas de los seres que se lanzaban a la muerte, dispuestos a conseguirlo todo o a perderlo todo en la lucha.

Y él estaba allí, colocado entre dos fuegos y corriendo los mismos riesgos que cualquier otro soldado.

¿Quién quería acobardarlo?

¿Por qué sufría aquellos sueños tan «veraces» cuando su mente debía estar dormida durante cincuenta años?

¿Por qué había tenido aquella idea loca, qué le había hecho desvariar? Les designios humanos no pueden torcerse, uno no puede elegir la vida que desea, sino luchar por mejorar la que en buena o mala suerte le ha tocado.

Pero todo esto lo pensaba ahora, cuando se daba cuenta de lo mucho que había dejado atrás para hallarse solo y en peligro, abandonado a su suerte, sin la influencia de su dinero.

Quedó paralizado.

Sus manos resbalaron por la tierra y poco a poco fue arrinconándose en el fondo del hoyo, conmovido por un ataque de nervios.

Sólo se dio cuenta de que Otto y Hugo preparaban sus armas.

Vio sus manos nerviosas y llenas de barro. Hugo corría el cerrojo de su «Mauser» y Otto se dedicaba a amontonar bombas de mano en un costado del pozo.

¡La destrucción de la vida era maquinal, sistematizada!

—Agacha la cabeza, paisano — dijo Hugo.

—Sí.

No se atrevió a decir nada más.

La primera oleada de atacantes debía estar muy próxima. Por todos lados empezaron a sonar disparos y reventones de granadas que iluminaron la tarde con una luz cegadora.

Hugo se tumbó sobre el borde del hoyo y se echó el fusil a la cara apuntando al frente con una indiferencia siniestra.

Otto empuñó el mango de una de las granadas y apoyó la mano en la cinta de seguridad. En cuestión de segundos podía quitarla y lanzar el artefacto hacia el enemigo.

¿Qué enemigo?

Gary se imaginó los rostros de los hombres que en aquel instante correrían hacia ellos. Serían muchachos, hombres comunes y corrientes sacados de sus casas y sus hogares para morir o matar.

No se diferenciarían en nada de Hugo y Otto.

¿Por qué morir?

Les hubiera dicho que se detuvieran, que no dispararan contra seres humanos con los mismos defectos y virtudes que ellos, pero no

lo hizo porque sabía que era inútil.

Contra la guerra se luchaba de otra forma y en otros lugares muy separados del frente.

Hugo se estremeció.

¡Los gritos eran ya atronadores!

— ¡Tira, Otto! — exclamó.

Gary levantó un poco la cabeza y pudo ver a los soldados ingleses con los rostros desencajados por el miedo y la furia. Los vio disparar sus armas y correr como autómatas.

Otto disparó una granada.

El artefacto cayó a los pies de los primeros atacantes y tres de ellos se vieron envueltos en una súbita llamarada.

Rugieron alcanzados por la abrasante metralla y desaparecieron en el suelo caídos para siempre.

¡Otros surgieron tras ellos!

El fusil de Hugo se estremecía una y otra vez vomitando balas continuamente.

Eran pocos los disparos que fallaba.

Y Otto seguía lanzando bombas como una máquina bien engrasada, hasta que se le acabaron. Entonces echó mano a su fusil, que tenía la bayoneta calada, y apuntó al primer cuerpo enemigo.

Si Gary hubiera podido hacer otro agujero en la tierra se hubiera enterrado en él, pero esto era imposible.

El estruendo era ensordecedor.

Vio a Hugo que saltaba del agujero, al encuentro de un inglés que se lanzaba sobre él para atravesarlo con su bayoneta.

Disparó el alemán.

Un negro orificio surgió en la frente del atacante, que abrió mucho los ojos, soltó el arma y se desplomó de bruces cayendo dentro del hoyo.

Gary se apartó.

El cadáver le rozó y quedó arrugado.

—¡Duro, Otto!

Otto obedeció, saliendo en ayuda de su compañero. Juntos formaron como una barrera infranqueable. Disparaban, pegaban culatazos, patadas, clavaban las bayonetas...

Los atacantes los rebasaron.

La lucha se generalizó tras ellos, en la segunda línea defensiva, donde sonaban aullidos escalofriantes.

De pronto, Hugo vaciló, giró sobre sus pies y soltó el «Mauser» con el que se había defendido.

Cayó de espaldas, quedando su cabeza colgando en el interior del hoyo en que se ocultaba Gary.

Éste apenas se movió. El miedo lo tenía paralizado.

—¡Hugo!

Era Otto que acababa de darse cuenta de que estaba solo, que su compañero y amigo estaba en el suelo, el lugar de los muertos.

Se abalanzó sobre él y lo zarandeó.

—Hugo, ¡contesta!

Pero Hugo no decía nada. Su pecho empezaba a teñirse de rojo y la sangre le salía a torrentes.

—Hugo, no mueras… No me dejes solo…

Lattimer, sin moverse, quedó impresionado por la escena. Repentinamente, Otto había perdido todo belicismo y se olvidaba de sus enemigos, de sí mismo incluso.

Y lloró.

El muchacho que instantes antes había matado como un jabato ahora lloraba como un niño desamparado y movía el cuerpo de su amigo como reprochándole su mala suerte.

¿Por qué tenía que morir?

Sin saber exactamente por qué, Gary se movió, saliendo de su propio terror algo tímidamente, y le tocó un brazo.

En torno a ellos se seguía luchando y muriendo. Al parecer, los ingleses habían conseguido forzar las líneas defensivas y lograrían romperlas en el caso de que los alemanes no contraatacaran rápidamente.

Otto giró y lo miró sin verle. Luego, tornó a mover el cuerpo de Hugo con violencia.

—¡Hugo, no me abandones! ¡Hugo!

Gary miró el rostro del caído.

Hugo no estaba muerto, pero había perdido el conocimiento y debía estar muy grave.

—Espera, Otto.

—No. ¿Qué me importa ahora lo que pase? Nos conocemos de toda la vida. Él me salvó a mí en una ocasión y yo…

—Todavía puedes hacer algo por él.

Las pupilas de Otto brillaron.

—¿De verdad?

—Sí, Hugo necesita un médico inmediatamente.

—¿Un médico?

La idea germinó en la mente del barbilampiño soldado. El pensamiento de salvar a su amigo se fue haciendo más y más fuerte hasta convertirse en algo similar a una obsesión.

—Sí, Otto; hay que conseguir un médico. Otto, piensa dónde podemos hallarlo...

Lo primero que hizo el aludido fue girarse hacia sus líneas, pero en ellas se combatía ferozmente, sin cuartel.

Ir hacia allí era una tontería.

Y en el otro lado estaba la tierra de nadie y las posiciones inglesas, muy firmes.

—¿Qué piensas, Otto?

—En el médico... En nuestro batallón había dos, pero los mataron la semana pasada.

—Salgamos de aquí — dijo Gary, deseando abandonar la tierra que pisaba cuanto antes.

Sin embargo, no lo pensó bien.

Otto, por su parte, era también lo que estaba deseando y no dudó un solo segundo en tomar el cuerpo de sus amigos y elevarlo fuera del hoyo, para después cargárselo en brazos.

—El fusil — dijo.

Gary se inclinó sobre el arma y la tomó, notando que estaba caliente.

Otto empezó a caminar, sorteando los cadáveres de los infantes ingleses que no habían llegado a la posición. Algunos no estaban enteros, yacían despedazados.

Caminaron vacilantes, como seres irracionales.

Formaban un grupo extraño: un soldado desarmado y abatido con un herido en brazos y un civil en el campo de batalla y llevando un fusil alemán entre las manos.

Lattimer fue tras Otto, perdido su sentido de orientación.

El suelo estaba plagado de cadáveres sangrantes.

¿Adonde iban?

¿Qué les esperaba?

Ninguno de ellos sabía absolutamente nada. Lo único que deseaban, como todos aquellos que ya habían fracasado, era vivir.

Gary también deseó vivir, vivir de verdad...

Muchas cosas habían dejado de importarle. Ni siquiera pensaba en ellas porque comprendía que no tenían el menor sentido.

¡Vivir era lo importante!

CAPÍTULO VI

Otto andaba vacilante, dando tumbos y haciendo desesperados esfuerzos para que el cuerpo de su amigo no se le escapara de las manos, porque entonces ya no tendría fuerzas para volver a levantarlo.

Por fin, incapaz ya de seguir adelante, sus piernas se le doblaron y cayó de costado sobre una alambrada.

Gary, apoyado en el fusil, se dio cuenta y apresuró el paso.

—Otto...

—No puedo más.

—Déjame a mí, yo te ayudaré.

Otto no replicó. En lugar de ello, sin apartar su cuerpo de la alambrada, miró en derredor.

—Ayúdame — pidió Gary, intentando cargar con Hugo.

—Espera...

—¿Ocurre algo?

Había notado un cambio de tono en la voz de Otto.

—Sí, hay que andar poco.

—¿A qué te refieres?

—A unos sesenta metros están las líneas inglesas. Grita tú para que te oigan.

—Pero...

—¡Obedece!—bramó Otto, desesperado.

Quería rendirse. Era capaz de la traición por salvar la vida de su más querido amigo.

A Gary no le importaba pasar a las líneas británicas. Es más, tal vez en ellas estuviera mejor porque era americano y también el ejército de su país luchaba en aquella guerra contra los alemanes.

Pero comprendía el sacrificio que esto debía significar para Otto, que cortaría de esta forma todos cuantos hilos pudieran unirle a su vida anterior y a su patria.

Todo por la vida de Hugo, que ni siquiera era hermano suyo. Era

capaz de llegar a la traición por aquel compañero de frente que una vez le había salvado la vida.

Gary no conocía aquellos sentimientos. Es más, siempre había creído que no existían.

Ahora se daba cuenta de su error, de la equivocación que había atravesado durante sus años de «vida» rodeada de millones.

Comprendía que muchas cosas no podían ser compradas con dinero y se encontraba con situaciones insospechadas, con rasgos de amor que parecían imposibles.

Piri había muerto por amor.

Y también Leah.

Ahora Otto renunciaba a todo lo que tenía, a sus propias convicciones, por salvar la vida de Hugo.

De pronto, se oyeron broncas voces al otro lado del alambre espinoso. Alguien gritaba, otros corrían.

Sonó el bramido de una ametralladora pesada; un puntito ígneo se encendió en la oscura tarde...

Y cientos de abejorros candentes rasgaron el aire con infernales deseos de matar.

Otto se pegó al suelo, cubriendo con su cuerpo el de Hugo. No le importaba que el espino desgarrara su carne ni tampoco lo que pudieran hacer los ingleses.

—¡Al suelo! — gritó.

Gary obedeció, tirándose de bruces.

Las aceradas púas le arañaron la cara y soltó varios gemidos de dolor intenso.

Otto jadeaba mientras las ráfagas pasaban sobre ellos. Ahora ya disparaban desde varios sitios a la vez.

—¡Maldita sea! Si Hugo no se salva los mataré a todos...—bramó el soldado.

—Nos acribillarán — balbuceó Lattimer.

—Es posible... Oye, paisano, acércate a la trinchera y di que nos rendimos.

La sangre se heló en las venas de Gary con el solo pensamiento de tener que moverse de allí y burlar la cortina de plomo que pasaba sobre sus cabezas.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Pues si nos quedamos aquí acabarán mandando una patrulla. Seguro que entonces no lo contaremos.

—Yo no sé... No soy soldado...

Chispearon las pupilas de Otto, que no dejaba de proteger a su amigo.

—Pero quieres vivir.

—Sí.

—¡Pues, muévete!

Gary lo hizo lentamente. Una bala reventó a un par de palmos de su mano izquierda y el barro le salpicó la cara.

Avanzó con extremo cuidado.

¿Qué significado tenían aquellos sueños insospechados y anormales?

Pero esto había dejado de preocuparle. Ahora sentía un verdadero miedo a la muerte, ya no pensaba en la hibernación ni en los científicos; sino en salir de aquel apuro y vivir.

—Cuidado con las minas — avisó Otto.

¡Minas!

Todo el suelo que tenía a su alrededor le pareció horrible, monstruoso y traicionero.

¡Y quería que avanzara!

Se detuvo. Intentó dominar los nervios y preparar su garganta para gritar a pleno pulmón.

Sin embargo, le costó bastante trabajo conseguirlo pues el miedo lo tenía agarrotado. Por fin, tras largos segundos de espera, pudo articular:

—¡Ingleses!

Le contestó una ráfaga de ametralladora con la puntería mejor afinada.

—¡Nos rendimos! — añadió en inglés, desesperado.

De nuevo el infernal tiroteo.

Se volvió hacia el alemán. Sus palabras daban resultados negativos, ya que los de enfrente no atendían a razonamientos,

—Van a liquidarnos — murmuró a media voz—. De aquí no saldré vivo. Moriré cuando debo...

Calló y se giró.

¡Otto estaba a su espalda, con las pupilas desorbitadas y

apuntándole con el fusil!

—¿Qué..., qué pasa, Otto? — inquirió, intercambiando palabras inglesas y alemanas.

—¡Tú no eres francés!—barbotó Otto.

—No. Pero te lo explicaré todo si...

No se dio cuenta de que era un error, que en aquellas circunstancias demenciales no se podía hablar a un hombre desesperado como si estuvieran en un café de la Quinta Avenida.

La mente del alemán no asimiló sus palabras.

—¡Eres un traidor! — exclamó.

—No, yo...

—¡Espía!

¿Qué decía?

¿Por qué pensaba que él era un espía si ni siquiera tenía interés en la guerra que él había conocido por los libros? ¿Qué le importaba a él lo que había sucedido hacía muchos años?

Pero, ¿por qué estaba allí entonces?

El «Mauser» de Otto permanecía rígido, apuntándole a la cabeza y listo para disparar.

—Espera, muchacho.

Pero Otto volvía a pensar como soldado alemán en una acción bélica. Para su mente, Gary era un espía inglés que había intentado infiltrarse en la retaguardia germana, un ser que la propaganda de su Ejército convertía en algo maligno y sin escrúpulos.

Un espía debía ser fusilado, muerto en el acto si las circunstancias lo aconsejaban.

Y en aquel momento así era.

Él pensó que Hugo peligraba más todavía siendo traicionados por un espía enemigo.

Apretó el gatillo del «Mauser» y la boca de éste se encendió violentamente, con furia salvaje.

Gary, que había previsto los acontecimientos una décima de segundo antes de que ocurrieran, se había apartado con el tiempo justo para el fogonazo sólo le chamuscara los cabellos.

Otto soltó un feroz aullido y quiso mover el cerrojo del arma para repetir la acción.

Pero Gary, guiado por el instinto de supervivencia, se le lanzó a las botas y lo derribó.

Rodaron sobre la caída alambrada.

Otto parecía enajenado, loco. Esto le daba unas fuerzas insospechadas y Gary sólo pudo defenderse de su acoso mortal aferrándole los brazos y las piernas.

Así forcejearon durante un par de minutos, olvidándose de donde estaban y el peligro que ambos corrían.

Sobrevivir era lo que deseaban, ignorando que sin violencia era mucho más probable que lo consiguieran.

Finalmente, Gary logró embestir al soldado y lo derribó de espaldas al suelo, lo que le dio una franca ventaja.

Lo primero que hizo fue correr hacia el fusil para hacerse dueño de la situación.

Logró empuñarlo.

Otto estaba caído y quería levantarse apresuradamente, pero no llegó a tiempo. Cuando se puso de rodillas y alargaba las manos ya Gary lo apuntaba con el «Mauser».

Los dos hombres se miraron.

Gary podía matarlo. Le bastaría con apretar el gatillo para verse libre de Otto y su falta de raciocinio.

Pero no disparó. Fue algo superior a sus fuerzas lo que le impidió hacerlo. Sería una muerte que pesaría sobre su conciencia aunque luchara en defensa propia.

¿Por qué tenía que morir uno de ellos?

¿Quién lo mandaba?

—Quieto, Otto.

—¡Dispara! — bramó el soldado, lívido de furor.

—No.

—¿Por qué?

—Estás equivocado... Yo soy americano, pero no vivo ahora... Si me dejas te ayudaré.

—¿A qué?

—A vivir.

Otto no dijo nada. De reojo, miró el cuerpo de su amigo y se mantuvo en silencio.

Hugo estaba inmóvil. Su pecho parecía tan quieto que Lattimer abrigó pocas esperanzas para el herido, ya que tenía todo el aspecto de ser un cadáver más.

Dio un paso al frente y se quiso acercar a Hugo.

¡Otto estaba esperando aquel descuido! ¡A lo largo de dos años de guerra había aprendido a ser soldado, un buen soldado!

Y el que ha llegado a este extremo no se fía de las palabras de un ser como Gary. Por ello no vaciló en lanzarse contra él para acabar de una maldita vez con aquella situación.

Gary se dio cuenta en el último instante, cuando ya el alemán caía sobre él.

Disparó.

Los dos luchaban por vivir. El destino los había colocado frente a frente, aunque sin lógica.

Y Gary lo hizo instintivamente.

Sólo cuando sonó el brusco estampido, el arma se estremeció y Otto se detuvo, comprendió lo que había hecho.

Abrió la boca, las manos.

¡Había matado!

El fusil cayó al suelo y él fue hacia Otto, que retrocedía con los ojos muy abiertos y las manos sobre el vientre, donde el plomo candente debía arañarle las entrañas.

—Otto…

El aludido no contestó. Le miraba como si no fuera posible lo que había pasado.

Gary vio en sus ojos un miedo espantoso, un horror inenarrable a la muerte.

¡Le había obligado a ello!

—Otto, espera…

Corrió hasta él y lo asió con las dos manos impidiéndole que cayera al suelo.

—Otto, perdona… No quería hacerlo. ¿Por qué me has obligado a disparar, Otto?

—Tengo… miedo…

—Espera, los ingleses nos ayudarán.

—No quiero morir…

—Espera, Otto… ¡Sanitarios! ¡Ayuda!

La ametralladora había dejado de tabletear y ahora sólo se escuchaban algunos disparos aislados.

Que vinieran pronto, que le ayudaran a salvar las dos vidas que se escapaban. Deseó tan fervorosamente la presencia de un médico que hubiera dado cualquier cosa por conseguirlo.

Otto caía sin apartar las manos del estómago, por donde salía gran cantidad de sangre.

Cuando volviera en sí a los cincuenta años siempre recordaría la cara de aquel muchacho que él había matado. Siempre tendría presente aquella expresión de terror e incredulidad.

Su conciencia jamás se lo perdonaría.

Oyó ruidos.

—Quietos — siseó una voz en inglés.

Sus pupilas descubrieron las sombras de unos hombres cuyos cascos de acero eran inconfundibles.

¡Ingleses!

—Por favor — dijo—, ayúdenme...

Pero los otros no parecían tener prisa. Eran unos cinco soldados, todos ellos armados hasta los dientes.

Lo primero que hicieron fue cerciorarse de que no había más alemanes por los alrededores.

A Hugo no le prestaron mucha atención.

Luego, uno de ellos, barbudo y de facciones poco amigables, se encaró con Gary al tiempo que lo apuntaba con la boca de su pistola.

—¿Qué pasa, alemán?

—Soy americano... Pero dense prisa, estos dos hombres están muy mal heridos.

—Alemanes...

La respuesta fue despreciativa.

—¿Van a dejarlos morir? ¡No pueden hacerlo!

El militar le miró con desgana y se volvió hacia los otros soldados diciendo:

—Vámonos, muchachos...

Gary los miró temiendo que fueran a dejar allí a los dos heridos, pero no fue así. Los soldados ingleses tomaron a Otto y Hugo y emprendieron la marcha de regreso a sus posiciones.

El barbudo pegó la pistola a la espalda de Lattimer y gruñó:

—Camina.

—Sí.

Lo hizo de prisa.

Serpentearon por la tierra de nadie, soslayando así las minas

defensivas británicas y se acercaron a la primera trinchera, donde habían dejado de disparar cuando salió la patrulla de reconocimiento.

Muchas caras les miraron con curiosidad. Incluso hubo algunos que los recibieron con frases jocosas, sin ninguna gracia para Gary y los dos alemanes.

Aquellos hombres se reían de la muerte porque ellos estaban a salvo, en aquel momento.

No era humano.

Un oficial les salió al encuentro y se puso delante del barbudo.

—¿Qué ha pasado, cabo?

—Encontramos a dos alemanes heridos y un tipo muy raro. Este... Parece loco.

—Gracias, cabo. Lleven a esos a la enfermería por si pueden hacer algo por ellos.

«Yo me encargo de éste.

Se refería a Gary.

Se acercó a él y lo miró a la difusa luz que salía de un refugio subterráneo.

—¿Cómo te llamas?

—Lattimer. Gary Lattimer, pero eso no importa. Deben salvar la vida de esos hombres.

—¿A qué viene tanto interés? ¿Eres alemán?

—No, americano.

—¿Bromeas?

—Créame, oficial. Ellos no son malos...

—Aquí no hay ni buenos ni malos. Sólo amigos o enemigos... Y antes de nada quiero saber a qué grupo perteneces.

—Yo...

Se calló.

¿Cuántas veces había repetido aquel monosílabo sin que una sola persona llegara a entenderle?

No podía ser; tenía que hallar la verdad y buscar el camino que le llevara lejos de aquella situación embarazosa.

¿Qué podía decirle al oficial británico?

—Bueno tú — gruñó éste—, habla o perderé la paciencia.

—No tengo muchas que decir, oficial...

—¿No?

—No, señor…

—Vaya, serás el primer prisionero que ha mantenido la boca cerrada en uno de mis interrogatorios.

—Es que…

—¡Andando!

Lo empujó a lo largo de la trinchera.

Gary estaba azorado, nervioso. En su sueño con Piri y Leah tenía una explicación que no pudiera hablarles de muchas cosas porque eran personas retrasadas.

Ahora, el oficial inglés querría saber todos los pormenores, averiguar su identidad y si era un espía, que sería lo primero que sospecharía de él, al igual que había hecho Otto.

Era cierto, allí sólo habían amigos o enemigos.

Caminaba lentamente, pues no quería marcharse sin saber lo que había sido de los dos soldados alemanes. No debía olvidar que ellos le salvaron la vida al proporcionarle una careta antigás.

—Escuche, oficial; luego le diré cuanto desee, pero ahora no me lleve lejos.

«Los dos alemanes eran mis amigos. Quiero saber si se van a salvar o morirán.

—Mucho te preocupan.

—Sí.

El oficial se detuvo y volvió la cabeza. En aquel momento regresaban los soldados que había mandado al hospital de emergencia con los alemanes e inquirió:

—¿Qué tal están los prisioneros?

—Uno ha muerto, capitán.

—¿Cuál? — preguntó Gary, sobrecogido.

—El que tenía la bala en el pecho — repuso el soldado.

Hugo.

Gary suspiró a pesar de que no podía evitar una honda tristeza por el soldado que había muerto. Pero Otto se salvaría. Él no llevaría las manos manchadas de sangre.

—¿Estás contento? — preguntó el capitán.

—Sí, señor.

Y Gary cerró los ojos.

Estaba saciado de tanta aventura, cansado y con los nervios agotados.

El oficial que le miraba no sonreía. Pero, de pronto, se puso lívido, sus ojos se desorbitaron.

¡Gary había desaparecido!

CAPÍTULO VII

Había un sol radiante, hermoso. La mañana invitaba a vivir, a gozar de la existencia y la Naturaleza.

Gary Lattimer despertó hallándose en un jardín de ensueño. Había flores de todas las clases, altas y esplendorosas. Unas rosas aterciopeladas bordeaban el sendero e invitaban a observarlas embobado.

Pero Gary, a pesar de la belleza que tenía a su alrededor, en lo que menos pensó fue en las flores.

Estaba en un mundo desconocido, insospechado.

Aunque también podía tratarse de la finca de un alto potentado de las finanzas. Pero jamás había visto una cosa similar.

Arropado con la misma bata, anduvo por el sendero. El perfume que llegaba a sus pulmones era suntuoso. Lo inhaló con fuerza y pensó en la aventura que acababa de pasar.

Otto, al menos, se salvaría. Lo que había querido hacer por su amigo no había sido posible, más él conseguiría sobrevivir a aquella hecatombe sin límites.

¿Dónde estaba ahora?

—Sólo lo sabré cuando vea a alguien... — murmuró a media voz y para sí mismo.

Anduvo y anduvo.

Había muchos más caminos y muchas más flores, desde las más exóticas a las más comunes.

Y ni una sola persona.

¿Quién cuidaba todo aquello?

Un jardín semejante necesitaría de una buena brigada de hombres que lo mantuvieran siempre limpio y cuidado.

Sin embargo, estaba abandonado.

Repentinamente, vio caer una hoja en dirección al suelo que él mismo pisaba. El hecho no tenía por qué llamarle la atención pero lo hizo por el hecho de que no había visto otra hoja caída.

Se detuvo.

Y con gran sorpresa vio salir una mano metálica de la tierra. El artefacto se estiró hasta la hoja y la atrapó antes de que llegara a rozar el cuidado suelo.

Quedó paralizado por el asombro.

¡Aquello era delirante, imposible!

Se apartó espantado.

¿No podría vivir en paz?

¿Se le podía llamar así a lo que le sucedía últimamente?

No, aquel era el camino más recto para llegar al agotamiento de conciencia y, por lo tanto, la muerte del alma.

El brazo mecánico, con su presa bien aferrada, desapareció en el mismo lugar donde había emergido.

Gary parpadeó.

No podía ser el pasado porque la ciencia mecánica no había llegado a este extremo. El presente tampoco porque él sabría perfectamente el lugar donde se hallaría un jardín semejante.

Entonces, sólo quedaba el futuro.

¡El futuro!

¿Qué año debía ser?

Por mucho que anduvo no llegó a parte alguna. El jardín y los caminos eran interminables.

Acabó deteniéndose y dejándose caer al suelo para descansar.

Lo que veía, si veía en realidad, era inaudito, tan sorprendente que parecía increíble.

Pero estaba visto que su asombro sólo acababa de empezar, pues en aquel momento desapareció buena parte del sendero y en su lugar surgieron los cuerpos de unos seres que tenían todo el aspecto de ser humanos completamente normales.

Tenían ojos, cara, cuerpo, manos...

¡Eran como él!

Se puso en pie y corrió hacia ellos para decirles quién era y cómo había llegado hasta allí. Seguro que ellos querrían saber muchas cosas y luego le ayudarían a volver a su estado normal.

Porque Gary, a pesar de que no sabía nada de lo que le ocurría, ni si por bien o por mal, quería regresar al lugar del que no debió salir nunca.

Fue hacia ellos.

—Oigan... ¡Oigan!

Los seres habían salido de la escalera, habían mirado hacia Gary y luego, sin mover sus expresiones, habían empezado a caminar por el sendero de aquel jardín de ensueño.

Miraban las flores, las olían y luego seguían caminando casi sin moverse, como si fueran robots.

—Oigan, ¿no me han escuchado?

Se les acercó y se detuvo al más próximo.

—Espere, necesito que me ayude a...

El aludido se había girado con algo similar a absoluta indiferencia. Le observó muy calmado y repuso:

—Sección 22.

—¿Sección 22?

—Sí.

—Pero...

El hombre empezaba a andar de nuevo con idea, lo más probablemente, de unirse a los demás.

—Eh, un momento... ¿Quiere explicarme por qué he de ir a la sección 22 si yo...?

—Sección 35. Allí le dirán por qué ha de ir a la sección 22 para que le ayuden.

Si la mente de Gary hubiera sido una máquina ahora estaría echando humo por los poros de los cabellos.

¡No entendía una sola palabra de lo que sus oídos captaban!

—Espere, por favor... Ya sé que lo estoy importunando, pero usted comprenderá que yo tengo que preguntar. No tengo el consejo de nadie ni sé por qué estoy aquí.

—Sección 87.

—¡No quiero saber el número de más secciones, sino el lugar donde yo pueda aclarar mi propio pensamiento!

—N2...

—¿N2? ¿Qué es eso?... Un momento, si lo que quiere es reírse de mí le voy a...

Se había enfadado. Gary había llegado al borde de su paciencia y ahora tenía la experiencia de las otras epopeyas. Sabía defenderse por sí mismo y luchar contra lo que hiciera falta.

El individuo le dio la espalda y no le hizo en menor caso, prosiguiendo la marcha del resto del grupo.

Gary no vaciló.

Raudo, disparó su mano derecha para asir al otro por las ropas y así obligarle a hablar aunque fuera por la fuerza.

¡Pero una grapa metálica, similar a la que había atrapado la hoja, salió del lado derecho y le aferró la muñeca!

El miembro de Gary se vio paralizado en seco. No sintió daño pero vio que no podía hacer nada para liberarse de aquella grapa que parecía haber leído su pensamiento.

Se olvidó del tipo que no había querido contestarle.

Y la mano metálica le soltó al instante.

Quedó tan asombrado que fue incapaz de moverse durante un buen rato, al cabo del cual, y viéndose solo nuevamente, se volvió hacia el orificio por el que aparecieron aquellos seres y se acercó a él.

El ansia ele saber era demasiado grande.

Secciones 22, 35, 87 y N2.

¿Qué demonios podía significar todo aquello?

El orificio, como había visto en un principio, era una escalera o algo similar a ello.

Se introdujo en el agujero.

¡Y tan pronto como pisó un peldaño tuvo la sensación de que su cuerpo se hundía en un abismo sin fin, como si fuera tragado por una hendidura de la tierra!

Cuando el vértigo cesó, notó que se hallaba frente a unos edificios altos, de líneas idénticas y muy soleados.

¿Cómo podía haber luz, si estaba bajo tierra?

Andó mirándolo todo.

Las cosas eran idénticas. Había personas que andaban por las calles aunque muy pocas y todas ellas parecían terriblemente cansadas, ancianas en cuerpos jóvenes.

Gary estaba embobado. Veía y creía soñar. Ni siquiera había pensado una vida como la que sus ojos descubrían.

¿Quiénes eran?

Sintió deseos de volver a preguntar, pero nadie le prestaba atención a pesar de que su indumentaria y su aspecto de extraño se notaban inmediatamente. Si lo hacía volverían a mandarle a cualquiera de aquellas horribles secciones numeradas.

¿Es que sólo conocían números?

Al parecer así era.

De pronto, a su derecha vio algo que le llamó la atención al instante. En un letrero de grandes dimensiones estaba el número de una de las secciones que el individuo del jardín le había dicho.

La 22.

Sin vacilar, fue hacia allí.

La puerta, de cristal, se abrió automática tan pronto como él se acercó al umbral.

Lo atravesó y se vio frente a una ventanilla, en cuya parte frontal hedió un pequeño orificio.

Miró hacia dentro, pero no vio ninguna cara.

Nadie.

Hubiera soltado una imprecación. Empezaba a dolerle la cabeza de ver cosas incomprensibles.

—¡Oigan!—gritó con todas sus fuerzas.

La voz resonó dentro del recinto, sin que una sola persona apareciera para responderle.

Sin embargo, oyó las palabras que salieron de la hendidura de la ventanilla:

—¿Qué desea?

Gary miró hacia allí, sobresaltado.

—¡Por fin! Mire, me llamo Gary Lattimer.

Su problema.

Le hablaba con rapidez, con mucha rapidez.

Pero no le veía la cara a su interlocutor.

—Quiero salir de aquí.

—¿Para dónde?

—A mi tiempo.

Ahora la respuesta no llegó con tanta rapidez y Gary vaciló preocupado por lo que decidirían aquellos seres cuando se dieran cuenta de que era un intruso.

—Explíquese mejor, por favor. Y manténgase calmado; nuestros registros son puramente confidenciales.

«Y según mi archivo mental no tenemos nada relacionado con los tiempos, señor.

—¡Pues debe haberlo!—exclamó Lattimer furiosa Y añadió —: ¡Quiero volver a mi vida, a mi estado normal!

—¿Qué estado?

—El año 1972.

Oyó una especie de ronquido y pensó que el otro debería estar pensando.

—Se ha equivocado, señor.

—¿Yo? ¡Tengo razón!

—Lo siento, señor, mire su calendario y verá que estamos en el año 3538, a punto de terminarlo.

Gary sudó.

Estaba en el futuro, a más de mil quinientos años en el porvenir.

Era demasiado para su fatigado cerebro.

El funcionamiento de aquella sección era metódico, exacto. Pero debía saber de su presencia en aquel tiempo. Lo que le ocurría tenía que estar anotado en algún lugar.

¡Él no podía ser un pasajero sin destino, un frío merodeador de épocas pasadas y venideras!

El sudor se hizo tan intenso que Gary se vio bañado en él. Repentinamente la cabeza le dio vueltas y más vueltas. Veía a Piri, Leah, Otto y el barbudo cabo inglés. Al científico Sidey acercándole la bata y al hombre del maravilloso jardín.

Miles y miles de imágenes pasaron por su mente a una velocidad relámpago, turbándolo y haciéndole dudar hasta de sus propios pensamientos, de sus ideas naturales.

Se le nubló la mente.

Las rodillas le cedieron y, sin darse cuenta, perdió el conocimiento y cayó desmayado.

—Oiga… Oiga, señor Lattimer… — llamó la voz de la ventanilla, como sorprendida.

Luego, se encendió una luz en el techo, que en realidad era una pantalla visual. El aparato se movió hasta hallar el cuerpo de Gary y entonces parpadeó.

* * *

La sensación de inquietud se había apoderado de él de tal forma que se estremecía convulso y nervioso. Su instinto de supervivencia se veía intimidado.

Tenía miedo.

Abrió la boca para gritar y al mismo tiempo se elevaron sus

párpados.

El grito no llegó a salir de sus labios. Una luz natural, radiante, surgió ante él. La temperatura era normal, todo a su alrededor parecía acogedor.

Esto le calmó un poco y se relajó.

Entonces movió la cabeza y vio al hombre que le miraba desde el otro lado de la estancia. Los ojos de éste eran oscuros, brillantes. Los tenía semicerrados.

—¿Quién es usted? — preguntó rápidamente.

—Hal.

—¿Hal?

—Sí, ese es mi nombre. Y el suyo Lattimer.

—Exacto.

El hombre tenía el aspecto físico de un joven, pero hablaba lentamente, con mucha calma y acierto.

Para Gary fue una gran alegría. Por lo menos había tropezado con alguien que sabía hablar normalmente. Esta persona tendría que explicarle muchas cosas.

—¿Qué me ha pasado? — preguntó.

—Se desmayó. Fatiga, sin ninguna duda.

—¿Es usted médico?

—No.

—¿Sicólogo?

—Tampoco.

—¿Dirigente?

—No.

Gary apretó las mandíbulas. No podía decirle que el llamado Hal fuera muy expresivo.

—¿Qué es entonces?

—Un ciudadano.

—¿Y por qué me atiende?

—Sentí deseos de trabajar.

Gary parpadeó. Aquello era fantástico, tanto que lo consideró imposible. Lo que decía Hal era incongruente y sin sentido.

—¿No trabaja nunca?

Hal dio la impresión de sorprenderse.

—No, sólo cuando quiero.

—¿Y los demás?

—Igual.

—Pero... En la sección 22 había un hombre. Él...

—Era una máquina, un cerebro electrónico para ayuda social y ciudadana. Responde a toda clase de preguntas y ayuda en todos los problemas que uno pueda tener.

La respuesta dejó a Gary atónito.

Le pareció siniestro que una sociedad pudiera vivir de esta forma, tan fría y sistematizada.

Empero, esto pasó a un lado secundario cuando volvió a pensar en sí mismo.

¿Y yo? ¿Por qué a mí no ha sabido responderme?

—Su caso es distinto, señor Lattimer.

—¿Por qué?

—Usted es un pasajero en el tiempo. Tiene cuerpo y mente, pero no existencia centralizada.

¡El miedo se recrudeció en el interior de Gary!

—¿Por qué? — insistió.

—Usted ha querido que así fuera. Yo creo que cometió un error bastante grave, señor Lattimer.

—¿Cuándo?

—Al rechazar su vida y su tiempo: Muchos lo han intentado desde que el mundo es mundo y vagan por el tiempo, perdidos infinitamente y sin poder vivir.

—¡No! — exclamó.

—Siento decirle que así es, señor Lattimer. La mayoría acaban dementes y desaparecen en cualquier época que no es la suya.

«Yo, aprovechando mi estado trabajador del momento, he revisado su historial completo.

Gary desorbitó los ojos.

Luego, ¡aquel hombre sabría del sistema de hibernación y cuál había sido el resultado del mismo!

¡Sabría su vida y su muerte!

—Dígame... ¿Qué ha pasado? ¿He muerto?

—Sí, Gary Lattimer murió.

—Pero...

—¿Va a preguntarme qué hace aquí? Lo imaginaba. La respuesta

es bien sencilla: usted ha venido aquí por casualidad, como habrá estado en otros tiempos.

—Sí — afirmó Gary con voz ronca por la emoción y el miedo.

—Dentro del error ha tenido suerte.

—¿Suerte?

—Sí, por llegar a este año y encontrar a alguien dispuesto a trabajar por usted.

No comprendía muy bien, pero calló.

—Mire, todavía puedo ayudarle si usted lo desea.

—Sí... ¡Quiero volver!

—¿A su época?

—Sí, como estaba antes.

Hal dudó. Se pasó la mano derecha por el mentón y pensó largamente, hasta tomar una decisión y mirarlo de nuevo.

—De acuerdo.

Reaccionaba fríamente, sin el menor interés personal

Gary se dio cuenta de que aquel ser del futuro obraba por inercia, para no aburrirse. No debía tener preferencias, ni preocupaciones. No quería ni odiaba.

¡Una vida amorfa y sin sentido!

La odió con todas sus fuerzas. Prefería regresar al pasado, aunque fuera en tiempos de guerra o esclavitud. Pero al menos tener la conciencia plena de estar viviendo.

La suya era la mejor.

Y la había abandonado.

Si él había muerto en su época, ¿cómo Hal iba a devolverle a ella?

El temor de que al regresar se convirtiera en cadáver se acentuó en él y le hizo estremecer.

—Un momento.

Hal le miró.

—¿Sí?

—¿Dónde iré cuando vuelva? Usted ha dicho que yo moría en mi tiempo, ¿verdad?

—Sí, muere por viajar en el tiempo. Pero el sistema de aquellos científicos funcionó perfectamente, aunque con su fracaso lo abandonaron y no se volvió a intentar en varios siglos.

—¿Y qué será de mí al volver?

—No se puede saber porque vamos a trasformar el tiempo. De todas formas, llegará allí como si hubiera ido a otra época cualquiera. Sólo que no se moverá de ella.

—Bien, es igual.

—¿Quiere volver?

—Sí.

Lo deseaba con todas sus fuerzas. En ningún sitio iba a estar mejor que en su propia existencia. Además, allí tenía de todo y ahora que había conocido el miedo; la amargura y la soledad, sabría disfrutar de sus bienes plenamente.

—Venga conmigo — dijo Hal.

Gary se puso en pie y se apartó de aquel lecho en el que había yacido hasta entonces.

Hal también se levantó y pudo ver que era alto y (desgarbado. Andaba con los hombros caídos, como sin fuerzas.

¡Padecía una apatía casi absoluta!

Gary, dentro de su desgracia, sintió pena por aquel ser y todos cuantos vivían en aquel tiempo. Apenas llegara a su época verdadera, haría un análisis completo de su aventura, llamaría a los periodistas y en su biblioteca daría una conferencia completa.

¿Le tomarían por loco?

Tal vez no...

Llegaron a una estancia contigua, donde vio una camilla similar a la que había dejado.

Sobre ella había una gigantesca pantalla blanca.

—¿Está listo? — preguntó Hal.

—Sí.

—Bien, siéntese.

—Gracias. Yo le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí y la molestia que se ha tomado.

Hal, sin mirarle, se encogió de hombros.

— Tenía ganas de hacer algo.

Gary se tumbó sobre la camilla y dejó de mirarle. Hal no sentía nada hacía él, ni siquiera pena. ¡Ansió hallarse de nuevo en su vida normal!

CAPÍTULO VIII

Llegó.

Lo supo cuando, después de un breve lapso de oscuridad, vio las líneas de las montañas y las copas de las palmeras. Las reconoció una a una como si fueran sus dedos.

Supo que eran ellas y el corazón le dio un vuelco absoluto.

¡Jamás en su vida se había sentido tan contento como en aquel instante!

Él, un pasajero del tiempo que había regresado a su tiempo remoto, al lugar del que nunca debió salir.

La casa estaba en el mismo sitio. Le pareció inmaculada, perfecta y más bonita que ninguna.

Martin se llevaría una, sorpresa al verle.

Corrió hacia la casa, deseoso de llamar a la puerta, dar un abrazo a Martin y mirarlo todo hasta la saciedad. Primero bebería una copa, luego comería y después andaría por la playa.

O tal vez se fuera a Miami.

No, Miami no... Mejor sería pensar en San Francisco, en una ciudad más populosa donde viera las caras de miles y miles de personas como él, iguales en todo.

Quería vivir aquel tiempo con toda la plenitud de sus facultades. Deseaba aprovechar toda su vida.

El camino le pareció más largo que nunca.

Corriendo con todas sus fuerzas llegó a la parte frontal de la casa y se detuvo ante la puerta.

Llamó con insistencia.

La alegría era muy grande. Se sentía inmensamente feliz.

Oyó los pasos de Martin. Los reconoció al instante y le parecieron maravillosos.

—¡Martin! — gritó.

La gruesa puerta se abrió entonces y vio aparecer la cara de su mayordomo.

—¡Martin!

Sí, era Martin, igual como lo había dejado.

El hombre abrió mucho los ojos, lo miró sorprendido y luego quiso cerrar la puerta.

Gary introdujo el pie y lo detuvo.

—Martin, ¿qué haces?

—¡Váyase! ¡Fuera de aquí!

—¿Qué dices, Martin? Escucha...

Forcejearon.

Gary, con un esfuerzo, logró imponerse y penetró en la casa.

—Martin, ¿no me conoces?

—¡Usted no es el señor Lattimer!

—Sí, deja que te explique.

—¡Salga de aquí o llamaré a la Policía!

Dejó de hablar. De aquella forma no lo convencería jamás. Entonces empezó a recapacitar y a pensar. Seguramente que «su cuerpo», o lo que fuera, estaría todavía en la campana.

¡Hasta que pasaran cincuenta años no se darían cuenta de que había muerto!

Quedó pasmado, aturdido.

Martin tampoco habló. Poco a poco, fue retrocediendo hacia el fondo del salón, donde estaba el teléfono. Lo hizo con miedo, confundiendo a Gary con un loco o un maleante.

Había puesto ya la mano sobre el aparato cuando Lattimer se dio cuenta de lo que iba a hacer.

—¡Espera! — rugió.

Martin se detuvo aterrado.

—Espera, Martin... Hablemos con tranquilidad.

—No... Váyase ahora mismo...

Era imposible.

Necesitaba calmarse y pensar. Habría alguna forma de confirmar su personalidad.

¡De lo contrario enloquecería!

—Está bien, llama a donde quieras — dijo.

Martin vaciló, no creyendo en sus palabras. Luego, al ver que no se movía, descolgó el aparato.

—Diga, Martin — contestó una voz al otro lado del hilo.

—¿Señor Sidey?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Venga inmediatamente... Hay... Bueno, un hombre dice ser el señor Lattimer...

—¿Qué dice?

—Lo que ha oído, señor Sidey.

—¡Es imposible! Además, ¿cómo ha llegado a la isla?

—Lo ignoro, señor.

—Bien, ahora mismo voy... Tenga cuidado; puede ser un maleante, tal vez un estafador.

—Sí, señor.

—Yo me encargo de avisar a la Policía.

—Bien, señor.

Sidey colgó en el otro lado y Martin acabó de girarse hacia el pasajero del tiempo.

Gary forzó una sonrisa de circunstancias. Confió en Sidey porque era más sensato. Y creyó en poder hacerle comprender la verdad. Además, vestía la bata y era él.

Tai vez tardara en lograrlo, pero su identidad quedaría demostrada.

Guiado por estos pensamientos, se sintió más tranquilo. La reacción de Martin era normal, ya que no podía confiar en el primer individuo que fuera haciéndose pasar por él.

¡Él era Gary Lattimer!

Se sentó bastante más tranquilo.

Martin, sudando copiosamente, no se movía de donde estaba. Desde allí le miraba con ojos atemorizados.

Al poco, oyeron los pasos de alguien que se acercaba a la casa.

Martin se adelantó hacia la puerta, pero Gary se interpuso en su camino rápidamente.

—Deja, Martin, le daré una sorpresa a Sidey.

El mayordomo no dijo nada.

¡Lo que deseaba en aquel instante era que la Policía llegara cuanto antes y se llevara a aquel farsante!

Pero esto lo ignoraba Gary, quien se sentía muy confiado en sí mismo. Había pasado por momentos difíciles por su capricho de renunciar a una vida que para él debió ser sagrada y ahora quería recuperarla como fuera.

Además, no concebía que pudieran arrebatársela.

Vio que se movía el pomo de la puerta y él la abrió, quedando frente al recién llegado.

Sidey le vio, le miró un poco perplejo y luego movió los ojos hasta donde se encontraba Martin.

—Es él, señor Martin — dijo éste.

—Sí, ya lo veo.

—¿No se alegra de verme, Sidey?

Sidey ni siquiera parpadeó.

De pronto, introdujo la diestra bajo su bata y al sacarla empuñaba una pistola automática.

Gary se sobresaltó.

—¿Qué hace?

—Sin farsas, granuja.

—Pero...

—Las manos arriba. ¡Martin, trae una cuerda!

—Sí, señor.

— Sidey, ¿se ha vuelto loco?

Pero el científico no le hacía el menor caso. Estaba plenamente convencido de obrar bien y por mucho que Gary hablara no le haría cambiar de parecer.

Martin regresaba con una cuerda y se colocó a su espalda.

La mente de Gary empezó a comprender.

¡Si dejaba que le ataran jamás probaría la verdad!

Dio un salto de costado.

Sidey se asustó y creyó que el que él consideraba un malhechor le atacaría.

Instintivamente, apretó el gatillo de la pistola y la bala salió zumbando. Iba destinada al cuerpo de Gary, pero al escapar éste, se estrelló contra un gran ventanal y los cristales reventaron fragorosamente.

Sidey, nervioso, quiso, repetir el disparo.

Empero, Gary no se detuvo. Tan pronto como vio el fogonazo se acercó a la puerta y desapareció por ella.

Escapar, huir, ¡vivir!

Echó a correr.

La tierra, los árboles, la casa... Todo era suyo...

Y, sin embargo, tenía que huir como un vulgar ladrón.

Sonaron dos disparos más.

Sidey se había asomado al jardín y desde allí intentaba alcanzarlo con los disparos. Ignoraba lo que pretendía aquel hombre para él desconocido. No sabía quién era y él tenía la misión de velar por Gary Lattimer mientras «estuviera» en la campana.

No podía permitir que alguien perjudicara a Lattimer porque así se estipuló en el contrato.

¡Extraña paradoja…!

Sin saberlo, quizá lo matara.

—¡Se ha escapado, señor Sidey! — gritó Martin.

—Sí, lo sé… Ahora ya se ha dado cuenta de que lo hemos descubierto y será más peligroso.

—Sí, señor.

—Usted vuelva a llamar a la Policía para que vengan cuanto antes. Y avise también a Jackson y Sullivan.

«Yo intentaré alcanzarlo antes de que llegue al laboratorio.

—Sí…, señor…

Sidey salió de la casa.

¿Y si fuera algo así como un espía?

Se había hecho todo lo posible porque el experimento fuera un absoluto secreto, pero no habían podido lograrlo debido al gran consumo de material técnico y la ausencia de Gary en sus círculos sociales.

El intruso podía ser un agente secreto que pretendía saber la clave del sistema de hibernación.

¡De ninguna manera permitiría que alguien se lo arrebatara!

Corrió por el mismo lugar en que lo había hecho el propio Lattimer. La pistola estaba lista para hacer fuego y no vacilaría en usarla por sus intereses y los de Lattimer.

Las huellas del evadido, tras algunos círculos sin sentido, se dirigieron hacia el laboratorio.

¡La pesadilla habría de acabar donde había empezado!

* * *

La entrada del laboratorio estaba cerrada herméticamente. Había unos dispositivos de seguridad especiales conectadas con el

centro piloto, desde el que el científico que estuviera de guardia podía ver quien quería entrar y si debía hacerlo.

Fueron instalados por orden suya.

Pero él conocía la forma de entrar, porqué también se pensó en la posibilidad de que hubiera un fallo en los anteriores.

Existía una segunda entrada oculta tras un falso tabique.

Hacia ella se dirigió, abriéndola después.

Gary se asomó al interior y vio el corredor vacío. El sonido del sistema de refrigeración le resultó familiar.

Estaba desesperado.

Quería ver su otro cuerpo, comprobar si de verdad existía o había desaparecido. Lo mejor sería que no estuviera allí, ya que ésto le ayudaría a demostrar su identidad.

Llegó al otro extremo del pasillo.

A su derecha estaba la cámara.

De pronto, oyó el sonido de llamada en la entrada principal. Debía ser Sidey que llegaba.

Se dio más prisa.

Repentinamente, desembocó en el lugar en que todo había empezado.

Jackson estaba de espaldas y Sullivan accionaba el automático de la puerta.

Los ojos de Gary Lattimer parecieron dos focos inmóviles al mirar la campana.

La vio.

Estaba en el mismo lugar, cubierta por una capa blanca de hielo, como esperándole.

Avanzó poco a poco.

¡Su última esperanza!

Había logrado regresar a su tiempo verdadero, pasar aquellos peligros que en un principio le parecieron sueño pero que los vivía muy intensamente. Ahora sólo faltaba que...

—¡Oiga...!

Era Sullivan el que había gritado. Fue el primero en verle y también en asustarse.

—¡Jackson! — añadió.

—¿Qué...? ¡Diablos!

Los dos hombres le miraron como si vieran un fantasma. Sus mentes recordaron la campana sin girarse. Hacía unos instantes que la habían revisado y Gary« estaba» en ella.

—¡No puede pasar! — exclamó Jackson, interponiéndose en su camino y levantando los brazos.

Gary no se detuvo.

Continuó hasta tropezar con el científico y entonces lo apartó de un violento empellón.

¡Tenía que verlo con sus propios ojos!

Sullivan se asustó un poco al ver la suerte que había tenido su compañero, pero reaccionó en seguida y quiso hacer lo mismo. Para ello, no dudó en salir al encuentro del recién llegado y querer empujarlo.

Lattimer le disparó un puñetazo al mentón y el hombre de ciencia retrocedió a trompicones.

—No siga… No debe acercarse… — murmuraba.

Él no habló.

Finalmente, se acercó a la campana y se inclinó sobre ella. La capa de hielo le impedía ver su interior.

Sintió un hormigueo en las palmas de las manos.

Y como un poseso empezó a frotar el cristal para cerciorarse de que la campana estaba vacía.

¡Necesitaba que así fuera!

Pronto sus manos descubrieron un círculo de cristal.

Bajó la cabeza y miró.

Lo que vio le aterró infinitamente. Nunca se había asustado tanto como entonces.

¡Su cuerpo estaba allí!

De pronto, sufrió un ataque de nervios. El sistema que regulaba su mente se alteró por completo y ya sus pensamientos dejaron de ser coordenados y serenos.

¡La campana tenía la culpa!

Ella había sido la culpable de que le hubieran pasado tantas y tantas cosas.

También los científicos y Martin.

Sin darse cuenta, empezó a golpear el cristal frenéticamente.

No oyó una voz a su espalda que decía:

—¡Deténgase!... ¡Alto o disparo!

Rugió:

—¡Malditos todos! ¡Quiero vivir! ¡Soy Gary Lattimer, el millonario!

Tras él, Sidey empuñó la pistola con firmeza y corrió.

Gary gritaba enloquecido. Decía cosas que sólo él podía entender y que para los demás serían propias de un demente.

Sidey levantó el arma y usó la culata de la misma para calmar al intruso. Le golpeó en la nuca con fuerza y Gary, como fulminado por un rayo, cayó de espaldas.

El científico se inclinó sobre el cristal de la campana y lo revisó minuciosamente.

Estaba intacto.

Y en su interior yacía aquel cuerpo que ellos debían vigilar durante los cincuenta años próximos.

¡Cincuenta años de larga espera, de trabajo y sueño perdidos, para llegar a la conclusión de que habían fracasado!

Oh, si Sidey hubiera estado en lugar de Gary y hubiera podido atravesar la barrera del tiempo. Con su mente llena de ecuaciones y problemas, con su cerebro acostumbrado a los enigmas, tal vez hubiera sido capaz de sacar más partido a la experiencia, aunque nadie le creyera.

No lo necesitaría, ya que podría trabajar solo.

Pero, no había sido así.

Sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Un poco más tranquilo al ver que el «loco» no había estropeado la campana ni su contenido se puso en pie lentamente.

Sullivan se había recuperado y ayudaba a Jackson, que parecía el más perjudicado.

—¿Cómo está, Sidey?

—Bien.

—¿Y el señor Lattimer?

—También... Este individuo ha estado a punto de echarlo todo a perder. Si llega a estropear la campana habría cometido un asesinato.

—Está loco — dijo Sullivan.

—Sí, eso parece... La Policía se encargará de él.

—¿Y cómo ha entrado? Aquí no oímos la alarma ni tampoco

llamó.

—Ha debido estar vigilándonos durante algún tiempo. A veces hemos usado la entrada de emergencia para comprobar su buen estado y él se daría cuenta — afirmó Sidey.

—Sí, claro, es verdad.

—Es un vulgar estafador. Lo único que le ha servido de algo en su parecido físico con el señor Lattimer.

Se encendió la luz de la puerta.

—Ha llegado la Policía — habló Jackson, moviendo la cabeza.

Sidey respiró hondo y se volvió hacia el cuerpo del extraño mirándolo detenidamente. Ahora no le quedarían ganas de volver a intentar una cosa semejante.

CAPÍTULO IX

Al despertar se hallaba en un helicóptero de la policía de Miami, escoltado por dos tipos hercúleos y serios que no se molestaron en lo más mínimo por él.

Ya había estado prisionero otras veces.

No dijo nada. Se sentó en el fondo del aparato y centró la mirada en las crestas de las olas mientras su mente volaba lejos, muy lejos de allí. Tenía dónde elegir.

¡Podía recordar el pasado y el futuro!

Luego, miró hacia atrás pero no vio a Sidey ni Martin.

No, ni siquiera se habían molestado en ir hasta el continente con él. Debían considerarlo como un vago cualquiera.

Gary Lattimer pensó.

El culatazo que le había dado el científico parecía haberle sentado muy bien. Ahora tenía las ideas un poco más claras, aunque no todo lo que cabía desear.

No se resigna uno a perder una fortuna tan cuantiosa y una personalidad propia así como así.

Llegaron al continente. Fue encerrado en una celda e interrogado más tarde.

Tenían un empeño bárbaro en saber cómo se llamaba y dónde vivía.

Como es de suponer, no creyeron en lo que él les dijo a pesar de que era la verdad.

¿Cómo iban a creer que era Gary Lattimer en persona?

Luego, se le celebró un juicio, en compañía de unos individuos que habían robado en una casa de campo, y el jurado, muy seguro de lo que hacía, le condenó a tres meses de prisión.

Durante el proceso se limitó a responder con monosílabos, sin ningún interés.

¡Sabía cuál era su destino!

Era como si una fuerza suprema le hubiera condenado a la oscuridad y la ignominia.

La celda le pareció asfixiante.

Los tres meses se le hicieron tan largos que creyó enloquecer en aquello días sin sol y noches sin luna. Encerrado en las cuatro paredes de la celda, escuchando las obscenidades de otros presos vulgares, su mente tuvo mucho tiempo de pensar y recapacitar en lo que había sido su vida y en las experiencias vividas.

Leah y Piri estaban muertos.

Hugo también.

¿Qué hubiera dado el alemán por encontrarse en su lugar, aunque fuera en una celda?

El frente también era una prisión para él y sin embargo tenía que arriesgar la vida hasta perderla, como le había sucedido finalmente. ¿No era este un castigo peor...?

No, al principio pensó que no.

Porque él era Gary Lattimer, con una fortuna inagotable a su nombre. ¿Debía permitir que unos empleados fieles gastaran su dinero en algo completamente inútil?

También pensaba que no, hasta que, cuando la cabeza empezó a dolerle rabiosamente, se dijo que Piri tenía mucho menos.

Sí, era el hombre más feliz de la tierra cuando Leah estaba a su lado. En aquellos momentos no pensaba en nada.

¿De qué le había servido a él tanto dinero?

Este pensamiento era acertado.

Sin embargo, oía hablar a sus compañeros de celda acerca de lo que harían cuando salieran y le parecieron tonterías.

Pensaban en grandezas, en lujo.

No en vivir.

Los tres meses fueron interminables, pero transcurrieron y llegó el día en que los guardianes le llevaron a presencia del alcaide éste le habló de las buenas obras y el alma.

¿Qué podía enseñarle a él?

Pero calló.

Sí y no fue todo lo que salió de sus labios en aquellos largos tres meses de confinamiento.

Con el dinero que ganó en el taller de la prisión pudo comprarse unos pantalones de mala calidad y una camisa ya usada, así como zapatos, sombrero y algunos detalles imprescindibles para salir al exterior.

Le quedaron sesenta centavos.

Los miró en la palma de la mano cuando la puerta de la prisión se cerró a su espalda.

Frente a él tenía un camino polvoriento y desierto. Los presos importantes tenían siempre un coche que iba a esperarles y les llevaba a la ciudad en pocos minutos.

Él era un ser miserable.

¡Valía sesenta centavos!

En cuanto se le acabaran, que sería muy pronto, nada.

Caminó, andó sin ningún deseo de nada, pero andó.

Al llegar a la carretera principal vio lujosos vehículos que pasaban veloces. Automóviles como aquellos los había tenido docenas. Cada año cambiaba su parque móvil.

¿Y los dos yates? ¿Y el reactor personal?

Estaban en el pasado.

Cruzó la carretera cuando pudo y fue hacia el Sur.

De pronto, un brusco frenazo le hizo detenerse sobresaltado. Se giró y vio una camioneta gris.

La cara gruesa de un hombre rubio apareció por la ventanilla de la cabina y unos ojos astutos le miraron con interés.

—¿Va muy lejos, amigo?

Gary no supo qué responder.

No tenía rumbo fijo. Le era exactamente igual un destino que otro.

—No — contestó.

—Le llevo… Si quiere…

Asintió con la cabeza y andó hacia el vehículo.

¿Quién había de decirle a él que se vería en semejante situación?

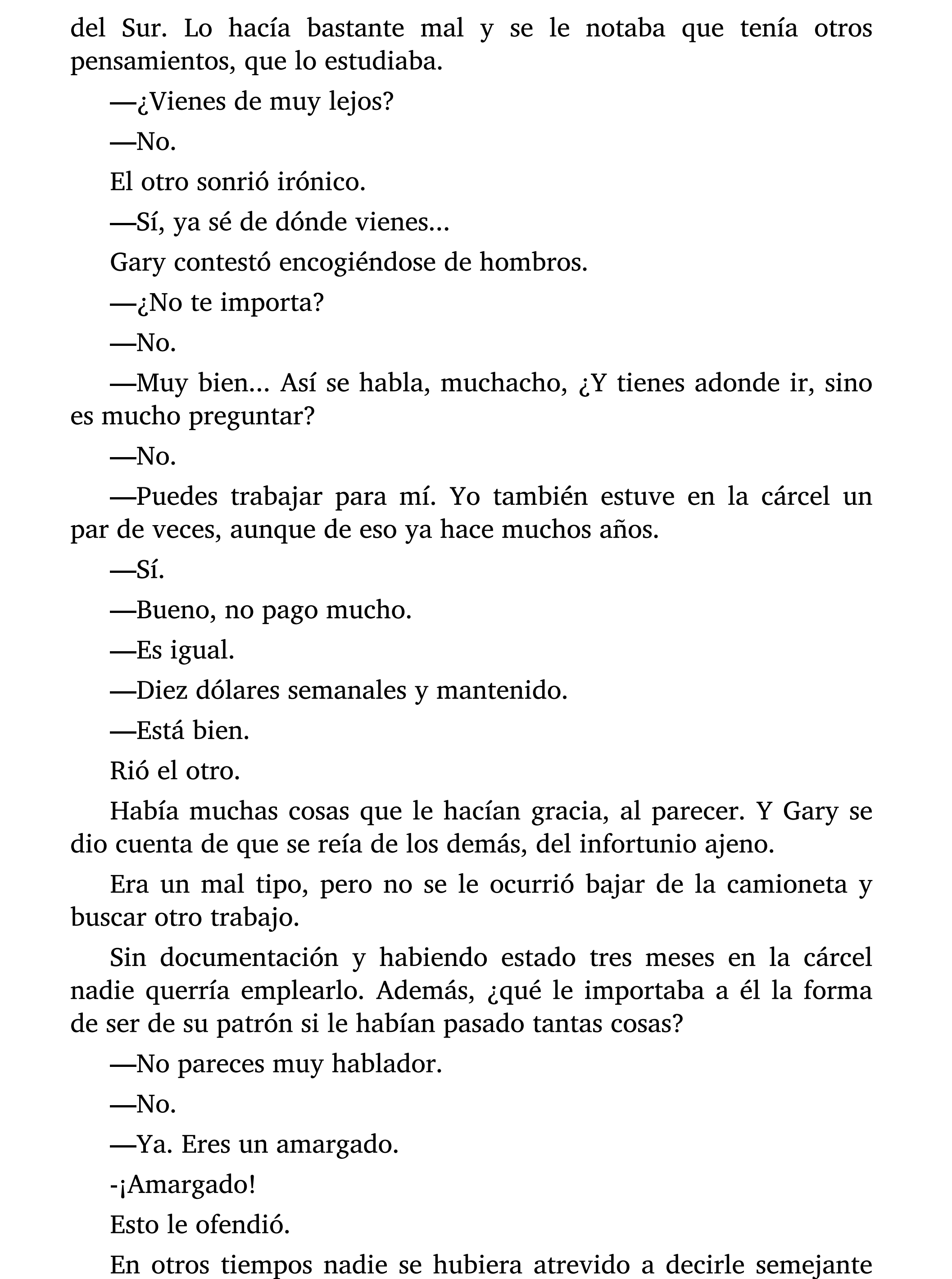
Al llegar a la portezuela ésta se abrió impulsada desde el interior. El ocupante era un tipo rudo, de gestos y ademanes bruscos.

—Suba.

—Gracias.

Se acomodó a su lado y la camioneta reanudó la marcha por la transitada carretera.

El conductor, mirándole de reojo, empezó a silbar una tonadilla


del Sur. Lo hacía bastante mal y se le notaba que tenía otros pensamientos, que lo estudiaba.

—¿Vienes de muy lejos?

—No.

El otro sonrió irónico.

—Sí, ya sé de dónde vienes...

Gary contestó encogiéndose de hombros.

—¿No te importa?

—No.

—Muy bien... Así se habla, muchacho, ¿Y tienes adonde ir, sino es mucho preguntar?

—No.

—Puedes trabajar para mí. Yo también estuve en la cárcel un par de veces, aunque de eso ya hace muchos años.

—Sí.

—Bueno, no pago mucho.

—Es igual.

—Diez dólares semanales y mantenido.

—Está bien.

Rió el otro.

Había muchas cosas que le hacían gracia, al parecer. Y Gary se dio cuenta de que se reía de los demás, del infortunio ajeno.

Era un mal tipo, pero no se le ocurrió bajar de la camioneta y buscar otro trabajo.

Sin documentación y habiendo estado tres meses en la cárcel nadie querría emplearlo. Además, ¿qué le importaba a él la forma de ser de su patrón si le habían pasado tantas cosas?

—No pareces muy hablador.

—No.

—Ya. Eres un amargado.

-¡Amargado!

Esto le ofendió.

En otros tiempos nadie se hubiera atrevido a decirle semejante cosa absolutamente nadie.

—No soy un amargado — replicó ásperamente.

—¿Peleón entonces?

—Puede ser…

—Bien, creo que me vas gustando. Pero todavía no te he dicho la clase de trabajos a los que me dedico.

Gary se giró.

—No, no temas. Hace tiempo que me reformé y no quiero jaleos con la Policía.

«Tengo una plantación de caña de azúcar. Allí se trabaja duro y el que no aguanta es despedido.

«Conocerás a los muchachos. Son algo rudos, pero trabajadores. Además, la mayoría han estado en el sitio del que tú acabas de salir; así que no tienes por qué avergonzarte.

¡Una jauría de presidiarios!

Esto sí que podía ser un sueño trágico, con muchos más motivos de lo que le había pasado con los negreros y en la Primera Guerra Mundial. Eran peores, más salvajes.

Pero, Gary no se acobardó.

La palabra amargado le había sentado muy mal, mucho.

¿Por qué había de serlo si podía vivir?

De toda su desgracia, al menos había sacado unas lecciones inolvidables, algo que jamás, durante toda su vida, podría olvidar.

¡Vivir!

Sí, vivir. Aceptar la vida y luchar por ella con todas las fuerzas era lo más bello. De esta forma uno se sentía seguro, firme. Era como si el destino te retara y tú aceptaras el desafío.

Se detuvo la camioneta.

La mente de Gary había vagado muy lejos para llegar a estas conclusiones. Eran pensamientos que tipos como aquel no tendrían jamás.

Era la experiencia de un pasajero del tiempo.

—Baja.

Obedeció.

Se hallaban en una plantación de caña. Vio unos barracones uniformes de los que salieron un par de docenas de hombres silenciosos y mal encarados. Miraron la camioneta y luego lo estudiaron lentamente.

Sus compañeros.

En otros momentos de su existencia, Gary Lattimer se habría desmayado de pensar en lo que le esperaba hasta que pudiera

aclimatarse a sus «nuevas amistades».

Pero no dijo nada.

Se mantuvo inmóvil, quieto y sereno.

—¿Qué te parece? — inquirió Barton.

—Bien.

—Celebro que te guste. Ya puedes ir al barracón del fondo. Allí hay camas vacías.

—Gracias.

No podía decirse que fueran muy amables.

Anduvo lentamente.

Las caras de aquellos tipos eran sumamente desagradables. Había algunos, muy pocos, que no le prestaron atención y continuaron con sus cosas. Éstos parecían acobardados.

Pasó entre los primeros.

—¿Hace mucho que te han soltado, rubio?

—Parece honrado.

Rieron.

Gary esbozó una sonrisa y continuó andando.

¡No tenía miedo!

Llegó al barracón y penetró en él. Luego, empezó a buscar un lecho vacío en el que tumbarse.

—¿Eres nuevo?—preguntó alguien a su espalda.

Se volvió algo alarmado, pero vio a un hombre entrado en años y de aspecto bonachón.

—Sí, acabo de llegar.

—Pues no te preocupes por lo que veas. Barton es un granuja y se aprovecha.

«Descansa tranquilo.

¿Por qué le decía tantas cosas?

—Gracias.

—¿Vienes de lejos?

—No, de la cárcel.

No se azoró al decirlo. Además, no había cometido ningún delito. Su conciencia estaba bien tranquila. Y todo lo malo que había hecho era no haberse dado cuenta antes de que la vida era hermosa. Quiso renunciar a ella y se equivocó.

—Vaya, eres sincero.

—¿Por qué no?

—Me caes simpático, muchacho. Me llamo Andy Thomas. Y no he estado nunca en la cárcel.

—Encantado. Gary Lattimer.

Se estrecharon las manos.

El anciano era agradable. Tenía unas pupilas muy brillantes y muy vivas que atraían.

—Aquí estarás bien hasta que encuentres otro trabajo mejor, Gary.

—Eso espero.

—Seguro.

—¿Hay más granjas?

—Sí, pero sobran braceros. Por ese motivo estoy yo aquí.

Se apoyó en el lecho y entornó los párpados. Ahora era un ser que sólo disponía de sus manos para trabajar y vivir.

Nada más.

Pero, ¿acaso sus antepasados no llegaron a aquella tierra en las mismas circunstancias y lograron hacer una fortuna para legársela a él?

No soñó con tanto.

¡Se conformaba con vivir!

—¿Preocupado, Gary? — inquirió el anciano.

—No. Sólo que tendrá que ayudarme un poco. Jamás había cortado caña de azúcar.

Thomas soltó una carcajada. Le hizo gracia la franqueza de aquel muchacho enigmático.

Y su risa se contagió a Gary.

Para saborear la vida, tiene que costar algo conseguirla.

Y rió.

Rió como nunca lo había hecho.

¡Porque vivía!

* * *

Pasaron los años, muchos.

Los dos primeros tuvo que pasarlos entre aquella jauría de

maleantes y con Barton, que era el peor. Pero luego se marchó de allí una mañana para no volver jamás.

Se fue con el viejo Andy, que resultó ser un granjero del sur. Era muy pobre y tuvo que salir de su casa para ganar unos dólares y enviarlos a la familia para que continuaran viviendo.

Lattimer tenía sus primeros cien dólares.

Llegaron a casa de Thomas y conoció a la esposa de éste, una mujer resignada y sufrida que a punto había estado de fallecer a causa de la soledad en que se hallaba.

Siguieron juntos.

Gary encontró un empleo de conductor y su vida cambió casi por completo. Ayudó al matrimonio Thomas mientras vivieron; luego pudo alquilar una casa mejor y...

* * *

—¡Abuelo, Gary!

Cansinamente el anciano se giró en la mecedora y vio al chiquillo rubio que se le acercaba corriendo, con un periódico en la mano.

—¿Qué ocurre, Pat?

—¿Has leído lo de ese rico que se heló?

—¿Qué...?

—Sí, mira... — añadió la criatura llevada por su inocencia y curiosidad innata.

Los ojos del anciano se posaron en las letras negras, pequeñas. Tenía la vista cansada y le costó bastante poder leer sin las necesarias gafas.

—Se llamaba igual que tú...

¡La sorpresa le dejó pasmado!

¡Hacía años que no había vuelto a recordar el principio de su aventura ni la isla en que vivía!

I P

Ahora, pasados los cincuenta años, la historia se revivía para darle la que tal vez fuera su última lección.

Gary Lattimer, el millonario caprichoso, había sido sacado de su letargo en el hielo por unos ancianos Científicos que sólo habían vivido para él.

El experimento había fracasado.

Lattimer estaba muerto.

El periódico lo comentaba algo jocosamente y hablaba también de que toda la fortuna se había gastado en aquel capricho. Los científicos, fracasados, regresaban al continente.

Gary Lattimer, después de leer la noticia de su muerte, se inclinó sobre el respaldo de la mecedora y suspiró.

¿Era él el que había muerto?

No, fue otro, alguien muy distinto al nuevo Gary Lattimer, al hombre que había sabido volver a la vida para, lisa y llanamente, vivir y gozar de su existencia.

Pero no pudo evitar cierta emoción.

El niño, al ver que no le decía nada, se aburrió y se fue.

Tropezó en la puerta con una mujer de pelo blanco.

—¡Oh, perdona, abuela!

—Pasa, Pat...

La mujer continuó hasta la mecedora con una amplia sonrisa en los labios. La casa no era muy grande ni lujosa, pero tenía lo más importante y en ella vivía una familia unida.

¡Gracias a Gary Lattimer!

—Gary...

—¿Qué, Rosa? — replicó el aludido sin levantar los párpados.

—¿Te encuentras mal?

—No.

—Pues...

La mano de Gary se levantó y la mujer comprendió lo que deseaba.

La aferró entre las suyas y la besó.

Gary siempre había sido un poco enigmático. Se preguntó si había llegado a conocerlo bien.

—Gary.

—Dime, Rosa.

—¿He sabido hacerte feliz?

Los ojos del hombre se abrieron. La miró intensamente y luego sonrió totalmente complacido.

—Mucho, Rosa.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

¡Así había sido!

Habían vivido con mucho trabajo, pero muy felices. En estos años Lattimer conoció cosas que no había soñado cuando era el que había muerto en una isla del Caribe.

Ahora reconocía que la experiencia había valido la pena.

—Te quiero, Rosa.

—Te quiero, Gary.

FIN